

**SOBRE EL NIÑO SICARIO EN MEDELLÍN.
REFLEXIONES EN TORNO A LA NUEVA SOCIOLOGÍA DE LA INFANCIA.**

PAULA ANDREA GARCÍA MORALES

**TRABAJO MONOGRÁFICO
PARA OPTAR AL TÍTULO DE SOCIÓLOGA**

ASESORA

MARÍA CRISTINA RENGIFO RAMÍREZ

Socióloga

Especialista en problemas de la infancia y la adolescencia

**UNIVERSIDAD DE ANTIOQUIA
FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES Y HUMANAS
DEPARTAMENTO DE SOCIOLOGÍA
MEDELLÍN
2015**

ÍNDICE

1	INTRODUCCIÓN	3
2	DELIMITACIÓN DEL TEMA	6
3	ANTECEDENTES	8
4	DESCRIPCIÓN DEL PROBLEMA.....	14
5	OBJETIVOS.....	18
5.1	Objetivo General	18
5.2	Objetivos Específicos	18
6	MARCO TEÓRICO.....	19
6.1	Enfoque estructural de la sociología de la infancia	22
6.2	Enfoque Construcccionista de la sociología de la infancia	25
6.3	Enfoque relacional de la sociología de la infancia	27
6.4	El enfoque construccionista de la Nueva Sociología de la Infancia, un enfoque sociológico para la lectura del niño sicario en Medellín.	29
7	METODOLOGÍA	31
8	ANÁLISIS DE RESULTADOS: EL NIÑO SICARIO EN MEDELLÍN UNA DIMENSIÓN SOCIOLÓGICA	33
8.1	Narcotráfico. Contexto sociocultural del fenómeno del niño sicario	33
8.2	El cartel de Medellín y las bandas juveniles de sicarios.....	39
8.3	Toño y Pinina, dos casos para una reflexión desde el enfoque construccionista de la nueva sociología de la infancia.....	50
9	CONCLUSIONES	62
10	BIBLIOGRAFÍA Y FUENTES CONSULTADAS	65

1 INTRODUCCIÓN

Los trabajos sobre la configuración, las dinámicas o cualquier otra perspectiva desde la cual se pretenda abordar la violencia urbana en Colombia son probablemente uno de los tipos de trabajos más relevantes para la sociedad colombiana, toda vez que la violencia es una presencia constante en la historia del país, la cual se ha convertido en un relato articulador, y a través del cual puede entenderse el pasado y el presente de la nación. En Colombia la violencia tiene múltiples configuraciones, representaciones, agentes; el presente ejercicio investigativo se propuso abordar uno de esos múltiples agentes, el cual se ha configurado en uno de los contextos particulares de la violencia colombiana. Dicho agente es el niño sicario y dicho contexto particular es el del narcotráfico.

El origen del “término sicario se desprende de sicarius, que significa asesino, homicida del sustantivo sica (secare = cortar) su significado es daga, puñal o cuchillo, formándose el nombre de oficio sicarius, . . . implica la profesionalidad del usuario del puñal” (Miranda & Martínez, 2011. p. 80); como fenómeno, el sicariato afectó y afecta profundamente a los niños, toda vez que, muchas veces, son los niños quienes son reclutados por las diferentes estructuras criminales, fundamentalmente por tres razones; la primera, es que los niños son fácilmente influenciables; otra de las razones, es que durante la ejecución de los actos delictivos y enfrentados a la muerte, parecieran no tener miedo; y una tercera razón es que la legislación ha sido benévola con ellos; estas son algunas de las razones por las que el sicariato es un fenómeno que no puede desligarse de la relación de la utilización de los niños en la guerra.

El ejercicio investigativo aquí expuesto giró en torno a una reflexión que nos permitió tener una delimitación clara del tema de esta monografía; es decir el niño sicario, la pregunta es: ¿Cómo comprender al niño sicario en Medellín a partir de los enfoques de la nueva sociología de la infancia en la década de 1980-1990?.

El niño sicario al que hacemos alusión en esta monografía es presentado a través de los casos paradigmáticos de John Jairo Arias Tascón alias “Pinina” y alias “Toño”, casos que nos permitieron ejemplificar las condiciones de vida del niño sicario, en el contexto particular de Medellín, en la década de los ochentas; se escogió esta temporalidad, puesto que, al parecer en es ella en la cual se posibilita la emergencia del niño sicario como actor social.

El trabajo monográfico que se planteó, fue un ejercicio investigativo de carácter documental, descriptivo y reflexivo, que buscó responder a la pregunta por cómo comprender al niño sicario en Medellín a partir de los enfoques de la Nueva Sociología de la Infancia. La elección de estos enfoques se tomó, puesto que, dichos enfoques permiten; a diferencia de las visiones sociológicas de la infancia, anteriores a dichos nuevos enfoques, plantear que los niños y las niñas no son un sujeto que debe ser concebido como un apéndice de la familia, de la escuela o de otras instituciones sociales; sino que, la niñez puede ser pensada como actor social con sus propias características e independencia con respecto al mundo de los adultos, y esta es una condición necesaria para reflexionar sobre el niño sicario.

La estructura del trabajo buscó de manera lógica dar cuenta de los objetivos, para esto, se plantearon una serie de subcapítulos en el capítulo “Análisis de Resultados. El niño sicario en Medellín una dimensión sociológica” que nos guíen a través de la reflexión.

En la primera parte del este texto se describen todos los elementos de la construcción de proyecto de este ejercicio investigativo tales como la delimitación del tema, antecedentes, descripción del problema, objetivos, referente teórico y metodología

Luego, en el capítulo de análisis de resultados denominado El niño Sicario en Medellín una dimensión sociológica encontramos un subcapítulo titulado:

“Narcotráfico. Contexto sociocultural del fenómeno del niño sicario” que plantea la turbulenta historia del surgimiento y auge del narcotráfico en la ciudad de Medellín, y nos plantea los elementos constitutivos del que será el protagonista del siguiente subcapítulo.

En otro subcapítulo titulado “El cartel de Medellín y las bandas juveniles de sicarios”, se plantean los elementos a través de los cuales se configuró el cartel de Medellín y su relación con la emergencia y el proceso de configuración de las bandas de sicarios.

En el subcapítulo “Toño y Pinina, dos casos para una reflexión desde el enfoque construccionista de la nueva sociología de la infancia” se realiza una caracterización del niño sicario, las formas a través de las cuales se interrelaciona con instituciones sociales, como la religión, la familia y las formas a través de las cuales se representaba a sí mismo. En este subcapítulo también se ponen en relación los ejemplos paradigmáticos del niño sicario y se reflexiona sobre ellos desde el enfoque construccionista de la nueva sociología de la infancia.

Todo lo anterior brindó los elementos comprensivos y de juicio, para que en el capítulo: “Conclusiones” pudiéramos consignar los hallazgos realizados a través del ejercicio investigativo y plantear una serie de perspectivas desde las cuales abordar la problemática del niño sicario.

2 DELIMITACIÓN DEL TEMA

Con miras a determinar la delimitación del tema de esta monografía, es necesario plantear los aspectos en función de los cuales se establece dicha delimitación, estos son: la definición del actor social que se aborda en este ejercicio investigativo, la delimitación temporal, espacial, las fuentes que se validan para el tipo de trabajo a realizar, las preguntas de investigación y los alcances del trabajo monográfico.

En este punto es necesario especificar, qué se entiende en este trabajo por niño sicario. El niño sicario corresponde a una definición específica que se construye a partir de la combinación de dos definiciones, por un lado la de niño, y por otro lado la de sicario.

La definición de niño, es una definición que se ha ido transformando a través de la historia y que corresponde a las características y las formas de entender a dicho actor social a través del decurso temporal; es decir, es una definición que es resultado de un proceso de construcción social. En la actualidad dicha definición se construye inicialmente a partir de la Convención de los Derechos del Niño (CDN) de 1989, en la que en su artículo primero estipula "Para los efectos de la presente Convención, se entiende por niño todo ser humano menor de dieciocho años de edad, salvo que, en virtud de la ley que le sea aplicable, haya alcanzado antes la mayoría de edad" en esta se define el "niño como todo ser humano menor de 18 años de edad" (Holguín-Galvis, 2010, p. 290). Así en este trabajo, se adopta la declaración de la CDN, toda vez que esta normativa es el origen de todas las excepcionalidades legales referentes a la criminalidad asociada a los menores de 18 años.

Por otro lado la noción de sicario, como se afirmó en la introducción corresponde generalmente a los asesinos por contrato; aunque, éstos, además de cometer

homicidios, también se ven implicados en actividades, extorsivas, secuestros y toda suerte de actividades criminales que pudieran representarles alguna rentabilidad. Es a partir de estas dos nociones que se construye la definición de niño sicario, y es a su vez la que se adopta en este trabajo monográfico.

La emergencia del niño sicario en Colombia y específicamente en Medellín es un fenómeno complejo y de difícil tratamiento que tiene profundo impacto en la sociedad; dicho fenómeno se ha abordado desde diversas perspectivas, e igualmente diversos han sido los resultados de estos trabajos, pero a juicio de la presente monografía, y a partir de una primera indagación sobre este fenómeno, se evidencia que no se ha llegado a investigar a profundidad, sociológicamente, la problemática que la emergencia de dicho actor social plantea; sí bien el alcance de un trabajo monográfico, no permite resolver este vacío teórico, por lo menos sí nos abre una perspectiva desde la cual reflexionar y problematizar sobre la mencionada categoría de análisis.

La perspectiva desde la cual se abordará esta problemática, puede enunciarse a partir de una pregunta, que nos permita acercarnos a una delimitación clara sobre el tema de esta monografía; es decir el niño sicario, la pregunta es: ¿cómo comprender al niño sicario en Medellín a partir de los enfoques de la nueva sociología de la infancia en la década de 1980-1990?, señalando además la dimensión temporal, la cual se ubica en la década corrida entre 1980 y 1990, toda vez que al parecer es en esta década que dicho actor social emerge como construcción social. Otro elemento que es necesario resaltar en esta delimitación es la forma a través de la cual se abordara el niño sicario; primero, el niño sicario al que hacemos alusión en esta monografía será presentado a través de los casos paradigmáticos de John Jairo Arias Tascón alias “Pinina” y alias “Toño”, casos que nos permiten ejemplificar las condiciones de vida por medio de las cuales se configura el niño sicario; y segundo dada la imposibilidad de hallar la voz del niño sicario de los ochentas, puesto que ahora sería un adulto y la complejidad para entrar en ciertos entorno marcados por la criminalidad las fuentes con las cuales se construirán dichos casos paradigmáticos serán fuentes documentales.

3 ANTECEDENTES

Para el planteamiento de estos antecedentes, se encuentra que muchos estudios del tema, desarrollado desde múltiples disciplinas, tienden desestimar una de las características más relevantes del sicario, y es que éste, generalmente inicia su carrera criminal a temprana edad; sin reconocer la importancia de que en “muchos casos se trata de una persona que socialmente es reconocido como menor de edad, quien realiza una conducta punible llamada homicidio” (López, 2012, p. 4).

Dichos estudios, pasan por alto esta particularidad o usan una serie de categorías para referirse a los niños; es decir a los menores de 18 años, tales como jóvenes, adolescentes, menores, entre otras, las cuales, no son claras en cuanto a la pertenencia del sicario a determinado grupo etario; la ausencia de una categoría fuerte que defina claramente sus particularidades constituye una gran dificultad para la comprensión del fenómeno.

Para ello, se han seleccionado los artículos y las investigaciones en las que se hace referencia, al niño sicario (tal cómo lo consideramos, es decir, todo menor de 18 años) y se excluyeron, las que taxativamente abordan al sicario adulto, por considerar que se trata de un fenómeno que tiene configuraciones diferentes y tratamientos distintos, además de alejarse de los propósitos de este trabajo.

Al margen de la dificultad del nombramiento del niño sicario y las consecuencias que esto tiene en función de la comprensión del fenómeno, el sicario, se ha abordado desde diferentes perspectivas, entre las más representativas, se encuentra la de los estudios culturales, la cual intenta, construir el perfil del sicario desde los ejercicios narrativos que se han hecho desde la literatura, el cine y en general las artes.

A partir de la publicación de *La Virgen de los sicarios* de Fernando Vallejo, se inicia el género de la *sicaresca*, que “en el caso de las novelas colombianas, se trata de la exposición de la vida de carencias y miserias de jóvenes asesinos por contrato, y las peripecias por las que pasan para sobrevivir en el submundo del crimen” (Lander, 2007, p. 167), el éxito de esta novela y su posterior aparición en el cine, dio pie al nacimiento de una especie de género literario entre el cine y la literatura. El contexto de marginalidad y violencia en el que se gesta el sicario se ha abordado en:

Ciudad Bolívar: la hoguera de las ilusiones y *Sangre Ajena* de Arturo Alape; *Leidy Tabares, La niña que vendía rosas* de Edgar Domínguez; *Rosario Tijeras* de Jorge Franco; *Noticia de un secuestro* de Gabriel García Márquez; *El pelaito que no duró nada* de Víctor Gaviria; *No nacimos pa' semilla. La cultura de las bandas juveniles en Medellín* y *Mujeres de fuego* de Alonso Salazar; *La Virgen de los sicarios* de Fernando Vallejo (Ramírez-López, 2008, p. 69).

Desde el cine dicho contexto sociocultural se ha abordado en diferentes producciones, entre ellas: las películas de ficción “*La vendedora de rosas* y *Rodrigo Rodrigo D. No futuro* del director Víctor Gaviria; *La Virgen de los Sicarios* del director Barbet Schroeder; *Probando Maldad* de la directora Ana Joaquina Mondragón” (Ramírez-López, 2008, p. 69) y el documental *Cómo poniendo a actuar pájaros* del director Víctor Gaviria. Para la mayoría de los autores que desde los estudios culturales asumen esta perspectiva investigativa, la búsqueda podría generalizarse, en el sentido que, las obras literarias y cinematográficas de carácter documental y ficcional permiten fijar “posiciones y experiencias reveladoras de imaginarios e identidades de la juventud colombiana de las décadas de los ochenta y noventa” (Ramírez-López, 2008, p. 69), en este sentido, la indagación de los estudios culturales sobre el sicariato se hace en función de construir la imagen del joven sicario a partir de las representaciones sociales y los

rastros en la cultura que se van produciendo. Y de ahí su importancia para este trabajo en particular.

La configuración del fenómeno del niño sicario desde el psicoanálisis y desde la psicología, ha girado en torno a dos perspectivas principalmente, por un lado se encuentran los enfoques que determinan las causas de la conducta criminal, buscando en la psique del individuo los elementos detonantes de la acción violenta, resaltando así los elementos del contexto de formación de los niños sicarios, como la falta de educación, la marginación social y la violencia intrafamiliar. Y por otro lado, las perspectivas desde las cuales se intenta establecer el perfil criminológico del niño sicario, con el propósito de diseñar y mejorar las herramientas que permitan modelos de intervención y prevención más eficientes, y adaptadas a la problemática del contexto colombiano. Entre estas investigaciones se destacan “El sicariato. Una mirada psicoanalítica” de Liliana López Muñoz y “Características psicológicas de 16 expedientes de adolescentes condenados por homicidio doloso en Medellín y el Valle de Aburrá durante 2003 – 2007”, la primera, una investigación de 2012 y la segunda de 2008; investigaciones que si bien escapan a la temporalidad en la cual se inscribe este trabajo, son reveladoras en torno al tratamiento que desde la psicología y el psicoanálisis se hace del sicariato como problemática y del niño sicario como protagonista de la misma.

Otro campo disciplinar desde el que se ha abordado al niño sicario, es el de la filosofía; en la investigación “*La violencia como normalidad. Colombia un laboratorio del poder*” de Ricardo Barba Monsalve, se reflexiona sobre el sicario como un actor en una serie de relaciones de poder, donde se hace gestión de la muerte, en pos de garantizar el ejercicio del poder político y el gobierno sobre los individuos. En esta investigación se dimensiona al niño sicario como: “el joven marginado, sin identidad, territorio, cultura, ni humanidad” (Barba, 2013, p.13); el niño sicario aquí, se muestra como un producto de una maquinaria de guerra desatada y sin freno, la cual produce y reproduce formas de violencia. En esta

investigación “el sicario no es un ser malvado aislado. Sin quitarle el peso sobre la propia responsabilidad de sus acciones, . . . es un fruto de determinadas relaciones de fuerza, controladas desde unos intereses muy particulares” (Barba, 2013, p.16), que tienen como propósito consolidar el poder político de algunos agentes, y es en el curso de dicho proceso que el niño sicario resulta victimizado, al igual que la sociedad colombiana.

La pedagogía y los modelos de intervención social, son los ámbitos desde los cuales se ha abordado igualmente el fenómeno, quizá con mayor profundidad. Desde estos abordajes, lo que se busca es reflexionar y entender la problemática planteada por el niño sicario y el sicariato en general, para encontrar soluciones a la problemática que dicho actor plantea en la sociedad; estos abordajes intentan generar mecanismos de inclusión social y propenden por el establecimiento de las condiciones que configuran al sicario como como productor y reproductor de formas de violencia. En el abanico de producción investigativa que sobre el sicario se ha producido desde la pedagogía, destacamos “*Autorretrato de un sicario*” y “*Una aproximación al fenómeno de los jóvenes en el sicariato en la ciudad de Pereira*”. Las cuales, si bien no se ajustan a las delimitaciones de este trabajo, son importantes en tanto que nos permiten tener una imagen del sentido en el cual se hace tratamiento del niño sicario. Una reflexión que se plantea en estas investigaciones es sí el niño sicario concibe el ejercicio de su actividad criminal como una práctica laboral legitimada, como si se tratara de la prestación de un servicio como cualquier otro.

En estos enfoques el fenómeno del niño sicario se representa como un fenómeno de amplias dimensiones sociales, que es producto de una serie de problemáticas interrelacionadas entre sí, entre las que, de nuevo, se resaltan: la pobreza, el abandono estatal de las comunidades vulnerables y los contextos de violencia

Partiendo de este corto balance de la literatura sobre el sicariato, en la cual se dimensiona al sicario específicamente en relación con la característica de ser

menor de 18 años; lo que se busca a partir de la literatura relacionada con el niño sicario es hacer una caracterización, de cómo es leído en las investigaciones anteriormente citadas. A este respecto, se plantea que es sólo a partir de los ochentas, que se inicia un proceso de reconocimiento del niño sicario como actor social, en este abordaje del sicariato, se parte del reconocimiento que este fenómeno tiene unas fuertes implicaciones entre los jóvenes, entre los que se incluyen los menores de 18 años; léase, a los niños; en función de este reconocimiento al sicario se asigna la categoría “joven”, de lo cual se deriva un hecho que tendrá profunda trascendencia.

A partir del impacto social que generó el sicario, es que se inician los estudios sobre la juventud en Colombia, según lo afirma el texto de Natalia Ramírez-López, la categoría joven se configura en los ochentas, en el momento en que se reconocen los jóvenes

. . . como actores e instrumentos de violencia, involucrados en delitos como el sicariato. Por lo anterior las autoridades estatales miraron a los jóvenes como actores sociales violentos, como agresores de la seguridad nacional. De allí que los primeros estudios sobre juventud en Colombia se realizaran en el contexto de la política criminal y penal buscando explicar y crear el contenido de la política criminal en el conflicto definido como ‘violencia juvenil’ (Ramírez-López, 2008, p. 3).

El problema aquí, es que la perspectiva que aborda el sicario como “joven”, no distingue en dicha categoría, a los niños sicarios propiamente dichos (es decir, a los menores de 18 años), de los otros individuos que superan este límite de edad. Al margen de esta deficiencia, el gran aporte de los estudios que se iniciaron en esta década, radica en el reconocimiento de una colectividad, que emerge en el campo social con una energía inusitada, la cual hasta el momento había estado marginada e invisibilizada; este cambio se dio

. . . cuando los jóvenes se vieron involucrados en delitos mayores de orden humano, social y político contribuyendo tanto a la “cultura de la violencia” como a la “cultura del miedo”. La irrupción de un gran número de jóvenes marginales urbanos como actores en la vida contemporánea, incluso pública, como figurantes, instrumentos y víctimas de la violencia, abrieron la puerta a estudios sobre su realidad social, generando interrogantes sobre sus comportamientos, deberes, derechos, ideales, identidad y cultura. (Ramírez-López, 2008, p. 10)

El estudio de las realidades sociales que configuran al niño sicario como fenómeno trascendente en la cultura, reviste una importancia radical, toda vez que las estructuras criminales, que reclutan y hacen uso de los niños; configuran e inducen entornos sociales en los cuales el desarrollo infantil se ve truncado por situaciones de violencia extrema y abuso sistemático, entornos que son desestructurantes de las relaciones sociales de los niños, pero dichos estudios hacen una lectura no sociológica del niño sicario y por tanto la nueva sociología de la infancia se configura como un espacio de reflexión imprescindible para abordar el fenómeno

4 DESCRIPCIÓN DEL PROBLEMA

El fenómeno del niño sicario y por extensión el del sicariato es uno de los fenómenos relevantes de la violencia en Colombia; violencia que tiene múltiples expresiones, agentes, configuraciones, etc. aunque los orígenes de los asesinos a sueldo se puedan encontrar varios siglos atrás, en Colombia, y específicamente en Medellín. Paralelo al significativo aumento de esta conducta criminal, se da la emergencia de los grandes carteles del narcotráfico, que en función de sus prácticas violentas, cooptan el sicario como ejecutor de su voluntad de eliminación de todo obstáculo que se pusiera en su camino. El abandono por parte del Estado de amplias capas de población vulnerable hizo que ante la ausencia del Estado, la comunidades se abocaran a los narcotraficantes y ellos consiguieron “despertar liderazgo y admiración entre las clases más pobres, porque ven en ellos su realización y en su dinero la única posibilidad de cambio de su situación social” (Romero, Londoño & De Salvador, 1991, p. 52).

El origen del contexto social en que emerge el niño sicario, es el resultado de la deuda social, las múltiples herencias de sangre y el camino de muerte y destrucción, que la violencia produce y reproduce. El niño sicario tuvo nacimiento en un terreno abonado por los desplazamientos forzados, la persistencia de situaciones de vulnerabilidad, el abandono estatal y la marginación de extensas capas de la población; el efecto combinado de estos factores, sumados al influjo destructivo del narcotráfico, fueron los elementos constitutivos, de una tragedia social que aún no se ha cuantificado. Los siguientes son algunos datos que nos pueden dar cuenta de las condiciones de vida de las clases populares:

Entre 1985 y el primer semestre de 1999 se registraron 1,600.000 colombianos obligados a desplazarse, de ellos más de 1'000.000, es decir casi el 70%, eran menores de edad. Según otras fuentes el 36% de la

población desplazada es menor de edad y el 13% son mujeres que se han visto obligadas a ejercer la jefatura del hogar (Bello A., 2000, p. 46).

Uno de los productos sociales de dichas cifras es el niño sicario, y éste, como expresión de la violencia social colombiana; “se ha venido gestando desde por lo menos los años ochenta” (Atehortua. et. al., 2008 p. 32), en esta década sucedieron grandes acontecimientos que le dieron amplia trascendencia como fenómeno social; un ejemplo de dichos acontecimientos es el asesinato de Rodrigo Lara Bonilla sucedido el “30 de abril de 1984” (Bustamante, 2009, p. 10), este magnicidio tuvo gran impacto en la conciencia nacional y evidenció la presencia de estructuras criminales que estando asociadas o al servicio del narcotráfico, habían hecho de la muerte un rentable negocio. En esta década junto con el asesinato de Lara Bonilla fueron cometidos los homicidios de centenares de políticos, jueces, periodistas, y policías; estos crímenes tuvieron un gran impacto nacional, y fue a través de éstos que se visibilizó el niño-sicario y el sicariato en general.

De acuerdo con los estudios consultados, se evidencia que existe una generalización en la relación entre pobreza, narcotráfico y las formas de violencia, como con el homicidio a sueldo; tal y como se evidencia en la siguientes citas: “las familias de estrato bajo obligan a los menores a salir a la calle a rebuscar su sustento, siendo presa fácil de la delincuencia organizada” (Romero, Londoño & De Salvador, 1991, p. 51). Y que para ciertos sectores populares empobrecidos, el narcotráfico “es una actividad difícilmente desdeñable debido a las enormes carencias y la situación de pobreza y marginación en las que han vivido” (Villatoro, 2012, p. 58).

De acuerdo a esta la mirada, el narcotráfico; sus lógicas, dinámicas y agentes impusieron unas formas de entender el mundo y de concebir la vida social que aun hoy se evidencian en la sociedad y que todavía afectan principalmente a los niños y jóvenes. El niño sicario es el resultado social de “un sistema de justicia inoperante, la destrucción de la familia como núcleo social, la pobreza absoluta, la

falta de educación” (Miranda & Martínez, 2011. p. 80), y las múltiples formas de violencia que viven las comunidades más vulnerables.

Aunque el niño sicario es un agente fundamental al interior de las estructuras del narcotráfico “no se puede afirmar que es exclusivo del negocio ilícito de las drogas” (Jiménez, 2012, p. 91), pues, los sicarios también conforman estructuras que se encargan de cometer homicidios, extorsiones, secuestros y toda suerte de actividades criminales que pudieran representarles alguna rentabilidad “Las formas de organización del sicariato, pueden estar asociadas a bandas que logran conectarse con la mafia, recibir entrenamiento y trabajar para ellos, y otras bandas que operan <free-lance>” (Jiménez, 2012, p. 91).

Los estudios de los impactos de la violencia a nivel de la sociedad tienen gran relevancia; algunas de las razones que justifican este tipo de trabajos, es que la violencia y sus diferentes formas de expresión son un fenómeno transversal a la historia del país, que dota de sentido y se convierte en un relato articulador, a través del cual puede entenderse el pasado y el presente de la nación.

La elección de los Nuevos Enfoques de la Sociología de la Infancia en este trabajo, se da en función, de que para éstos; a diferencia de los anteriores planteamientos sociológicos referentes a la infancia, los niños no son sólo un sujeto que se lo piense como un apéndice de la familia o de otras instituciones sociales; sino que, se les piensa como actores sociales con sus propias características.

A partir de estos nuevos enfoques se genera un deslinde de las anteriores visiones sobre la infancia, en las que se planteaba la “negación de autonomía y refuerzo de la dependencia que han venido acompañando al estudio de la infancia.” (Gaitán, 2006, p. 11), con el nacimiento de esta subdisciplina “se empieza a ver la infancia como una realidad socialmente construida, que como tal presenta variaciones histórica y culturalmente determinadas por el conjunto de

mandatos, pautas y normas de conducta que se aparejan al modo de ser niño en un momento concreto” (Gaitán, 2006, p. 10). Y puesto que, a partir de estos enfoques los niños son considerados como actores sociales, y como parte de la estructura social, estos enfoques constituyen una base privilegiada desde la cual abordar el niño sicario, el cual hace una ruptura y pone en cuestión el entramado de relaciones tradicionalmente asociadas a la infancia.

Dada la complejidad que el fenómeno del niño sicario entraña, la pregunta que anima este trabajo de investigación gira en torno a cómo comprender al niño sicario en Medellín a partir de los enfoques de la nueva sociología de la infancia en la década de 1980-1990. Y por la especificidad del fenómeno, se hace necesario reflexionar sobre los casos paradigmáticos y los estudios que se han hecho sobre el tema desde los enfoques de la nueva sociología de la infancia, con el objetivo de entender al niño sicario de Medellín como una categoría de análisis que precisa de una lectura sociológica para su comprensión

5 OBJETIVOS

5.1 Objetivo General

- Reflexionar a la luz de los enfoques de la nueva sociología de la infancia sobre el niño sicario en Medellín a partir de casos paradigmáticos como el de alias “Toño” y alias “Pinina” en la década de 1980 a 1990.

5.2 Objetivos Específicos

- Identificar la caracterización que del niño sicario han hecho los estudios o las investigaciones sobre el tema.

- Documentar los casos paradigmáticos del niño sicario en Medellín: alias “Toño”, alias “Pinina”

- Discutir como categoría de análisis sociológica la lectura que se ha hecho sobre el fenómeno del niño sicario en Medellín

6 MARCO TEÓRICO

Para los fines de este trabajo y en función de delimitar y definir sus alcances, se ha seleccionado lo que suelen llamarse los nuevos enfoques de la sociología de la infancia, los cuales constituyen una serie de estudios que se consolidan a partir de los años 80, fundamentado en “la insatisfacción con las formas habituales de explicar a la infancia dentro de las ciencias sociales” (Gaitán, s.f. p. 1) Estos nuevos planteamientos consideran la niñez como fenómeno en sí mismo, independiente de la familia, la escuela y otras construcciones con las cuales la niñez entra en relación, en dichos enfoques los niños no son concebidos como un mero apéndice de la familia, sino que éstos tienen una existencia propia, autónoma y son considerados como sujetos con una configuración propia, no agenciada por una entidad externa. Éstos, a su vez encuentran sustento en la sociología comprensiva al darle un lugar al sujeto en la acción social,

Por acción debe entenderse una conducta humana (bien consista en un hacer externo o interno, ya en un omitir o permitir) siempre que el sujeto o los sujetos de la acción enlacen a ella un sentido subjetivo. ‘La acción social, por tanto, es una acción en donde el sentido mentado por su sujeto o sujetos está referido a la conducta de otros, orientándose por ésta en su desarrollo’. (Weber, 1996, p. 5).

La acción social que ejercen los niños, con las particularidades que se presentan son algunos de los elementos en lo que a sociología de la infancia que es campo disciplinar en el que se inscribe este ejercicio investigativo, ha presentado algunos avances, pero a la luz de algunos investigadores “el estudio de la infancia como fenómeno social es un campo todavía insuficientemente explorado por parte de la sociología” (Rodríguez, 2000, p. 99) y es, en este intento por construir las bases teóricas que posibiliten la comprensión y conocimiento de la infancia y sus nuevos desafíos que ésta surge.

Las visiones tradicionales de la infancia, limitan la capacidad de abordar los nuevos retos que se plantean a la sociología, en el proceso de entender las condiciones de vida de la infancia; en función de los nuevos retos, se han desarrollado una serie de planteamientos que reformulan las formas de entender y dimensionar la existencia social de los niños y las niñas; La nueva sociología de la infancia, constituye una serie de planteamientos, que han sido desarrollados por algunos sociólogos contemporáneos; la cual

. . . surge a partir de una insatisfacción con las explicaciones habituales sobre la vida y el comportamiento de los niños, con la consideración de los mismos en la sociedad y en el conjunto de las ciencias sociales y así mismo con los métodos y técnicas de investigación aplicados en el estudio de las actividades individuales o colectivas de las personas que se encuentran en esa etapa de la vida que viene a denominarse infancia (Gaitán, 2006, p. 10);

Así “durante las décadas de los años ochenta y noventa se publicaron diversos trabajos sociológicos – particularmente en el ámbito académico anglosajón (Europa y Estados Unidos) – sobre la necesidad de revisar el concepto de infancia en la sociología contemporánea” (Pavez, 2012, p 91); muchas de estas publicaciones “no han sido traducidas al castellano y tal vez por esta razón permanecen desconocidas o marginales en los debates sociológicos hispanoamericanos” (Pavez, 2012, p 91).

En la sociología de la infancia “uno de los trabajos pioneros en el ámbito anglosajón lo constituye la obra de Chris Jenks titulada *The Sociology of Childhood*, publicada en 1982” (Pavez, 2012, p.91), con este, Jenks tenía el “propósito de demostrar que el niño está situado intencionalmente dentro de la teoría para servir a la finalidad de soportar y perpetuar las bases fundamentales y las versiones de hombre, acción, orden, lenguaje y racionalidad dentro de teorías particulares” (Gaitán, 2006, p. 12) y producto de esta recopilación, “Jenks por su parte insiste en la idea de que la infancia no es un hecho natural sino una construcción social, y como tal, su estatus está constituido en formas particulares de discurso socialmente ubicado” (Gaitán, 2006, p. 12).

Posteriormente, en 1987 Jens Qvortrup coordina un número monográfico de la *International Journal of Sociology* dedicado a la Sociología de la Infancia (Pavez, 2012, p. 91)

También durante el año 1987 según Gaitán (2006, p. 12). Qvortrup dirige el proyecto *La Infancia como Fenómeno Social. Implicaciones para futuras políticas sociales*, investigación auspiciada por Centro Europeo para el Bienestar Social de Viena que reunió los informes sobre la situación de la infancia en 16 países, en estos utilizó “un enfoque teórico sociológico –no sólo psicológico o educativo– para demostrar la posibilidad de investigar el fenómeno de la infancia en cada sociedad a partir de la edad como categoría de análisis” (Pavez, 2012, p. 92).

Se señala además que en lo que respecta a los primeros desarrollos sociológicos en Estados Unidos

. . . cabe citar a Patricia y Peter Adler, quienes fueron los primeros editores (en 1986) de la publicación periódica *Sociological Studies of Child Development*, la cual, a pesar de lo que podría sugerir su título, en realidad avanza en el estudio sociológico de los niños y de la infancia (Gaitán, 2006, p. 13).

Siguiendo los primeros pasos de este campo disciplinar “en 1993 se crea la revista *Childhood: A Global Journal of Child Research* que proporciona un foro que da acogida a una amplia gama de artículos referidos a la infancia, desde una diversidad de disciplinas y lugares del mundo” (Gaitán, 2006, p. 13).

El contexto en el que se desarrollaron estos campos de reflexión es el mismo en el que se dieron los movimientos sociales en favor del reconocimiento de los derechos de la infancia, y a partir de los cuales “se aprecia un aumento en la preocupación por las condiciones de vida de la niñez, sensibilidad que se plasma en la promulgación por parte de la ONU en 1989 de la Convención Internacional de los Derechos del Niño” (Pavez, 2012, p. 82). Lo que constituye uno de los motivos para que en esta década aparecieran los trabajos pioneros en la sociología de la infancia, preocupación, por cierto que se sustentaba en las condiciones por las que atravesaba la población infantil en cuanto al trato que

recibían y a las realidades socio culturales que en algunos casos les eran adversas para su desarrollo, físico y/o psicológico.

La insatisfacción señalada respecto a las visiones clásicas de la infancia anudadas a los textos pioneros ya enunciados ha generado una serie de desarrollos teóricos y explicativos con los que abordaremos este ejercicio investigativo y que se agrupan en tres enfoques propuestos por Lourdes Gaitán es su texto La nueva sociología de la infancia. Aportaciones de una mirada distinta (2006).

Es menester señalar que Gaitán nombra que “los criterios en los que se sustenta esta elección se refieren a su mayor influencia en el trabajo de sucesivos investigadores, y su voluntad expresa de construir teoría sociológica de la infancia” (Gaitán, 2006, p. 16), y que

. . . la nueva sociología de la infancia se encuentra aún en fase de experimentación, y dado que desde el principio se ha prestado gran atención a la comunicación e intercambio en el ámbito académico no se puede hablar, como ya se ha advertido y se verá a través de este análisis, de enfoques opuestos, ni siquiera alternativos, sino más bien de enfoques complementarios, que ofrecen a cualquier investigador que se aproxime a este campo diferentes caminos para iniciar su propia indagación en el aspecto de la realidad social de la infancia o de la vida de los niños que más le interese. (Gaitán, 2006, p. 16)

6.1 Enfoque estructural de la sociología de la infancia

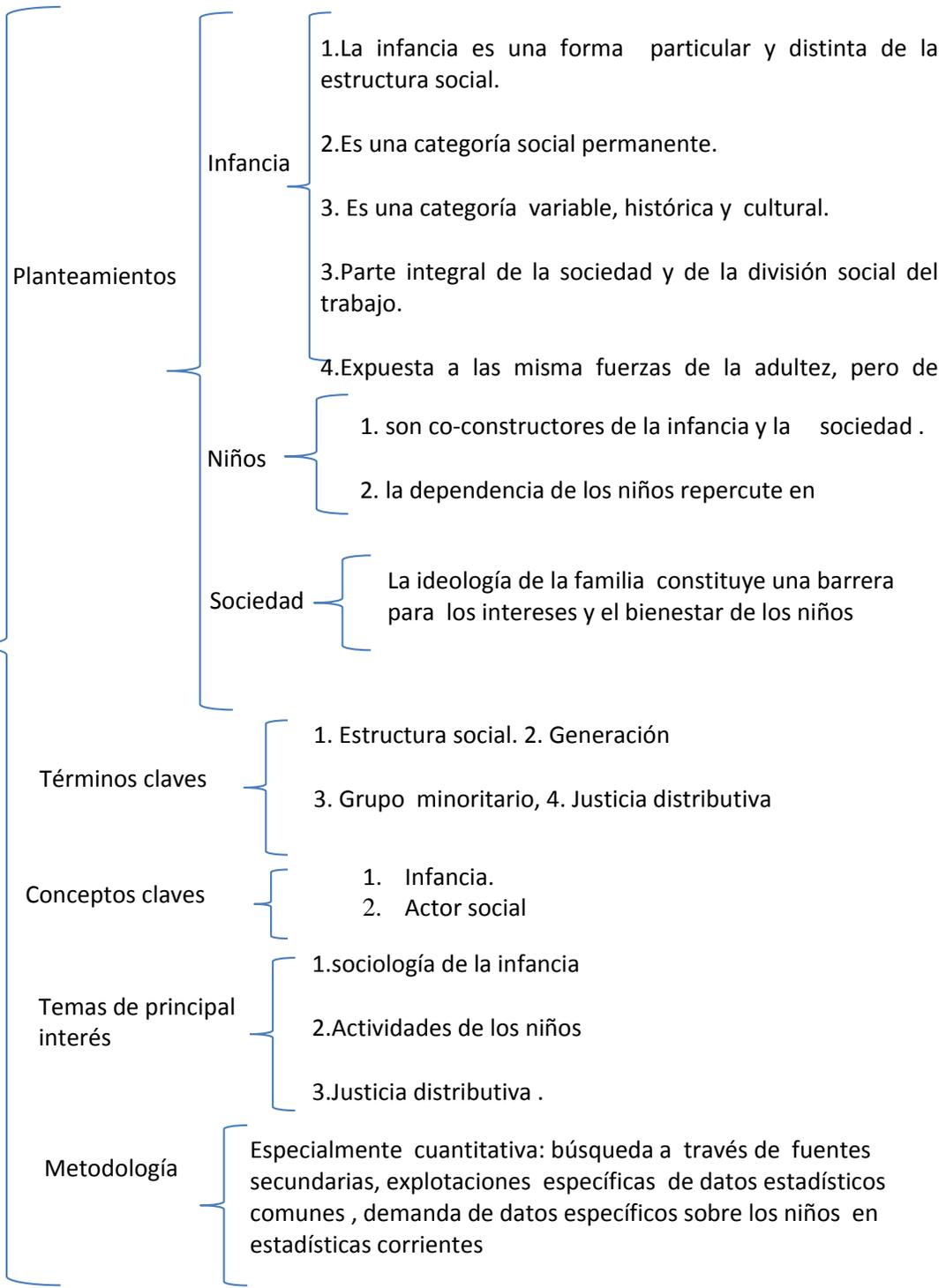
según Pavez este enfoque intenta comprender la posición de la niñez en la estructura de cada sociedad partiendo de la premisa que la infancia como categoría siempre está presente en la sociedad y son sus miembros quienes se renuevan contantemente; es así como asume la infancia sociológicamente como un grupo social en permanente conflicto y negociación con otros grupos sociales, entendiendo con esto a la población infantil (2012, p. 92) como el “colectivo de individuos muy diferentes entre sí, pero que comparten una misma ubicación

etaria en tanto 'menores de edad' sometidos a la autoridad adulta" (Rodríguez citado en Pavez, 2012, p. 92).

Iskra Pavez siguiendo a Gaitán propone nueve tesis acerca de la infancia como fenómeno social

- La infancia es una forma particular y distinta de la estructura social de cualquier sociedad.
- La infancia es, sociológicamente hablando, no una fase transitoria, sino una categoría social permanente.
- La idea de niña o niño como tal es problemática, mientras que la infancia es una categoría variable histórica y social.
- La infancia es una parte integral de la sociedad y su división del trabajo.
- Las niñas y los niños son ellos mismos constructores de la infancia y la sociedad.
- La infancia está expuesta en principio a las mismas fuerzas que las personas adultas (económica, institucionalmente, por ejemplo) aunque de modo particular.
- La dependencia estipulada en las niñas y los niños tiene consecuencias para su invisibilidad en las descripciones históricas y sociales.
- No las madres y los padres, sino la ideología de la familia, constituye una barrera contra los intereses y el bienestar de las niñas y los niños.
- La infancia tiene la categoría de una minoría clásica, que es sujeto de tendencias de paternalistas (2012, p. 92-93).

ENFOQUE ESTRUCTURAL DE LA SOCIOLOGÍA DE LA INFANCIA



Fuente: Construcción personal basada en la propuesta de Lourdes Gaitán

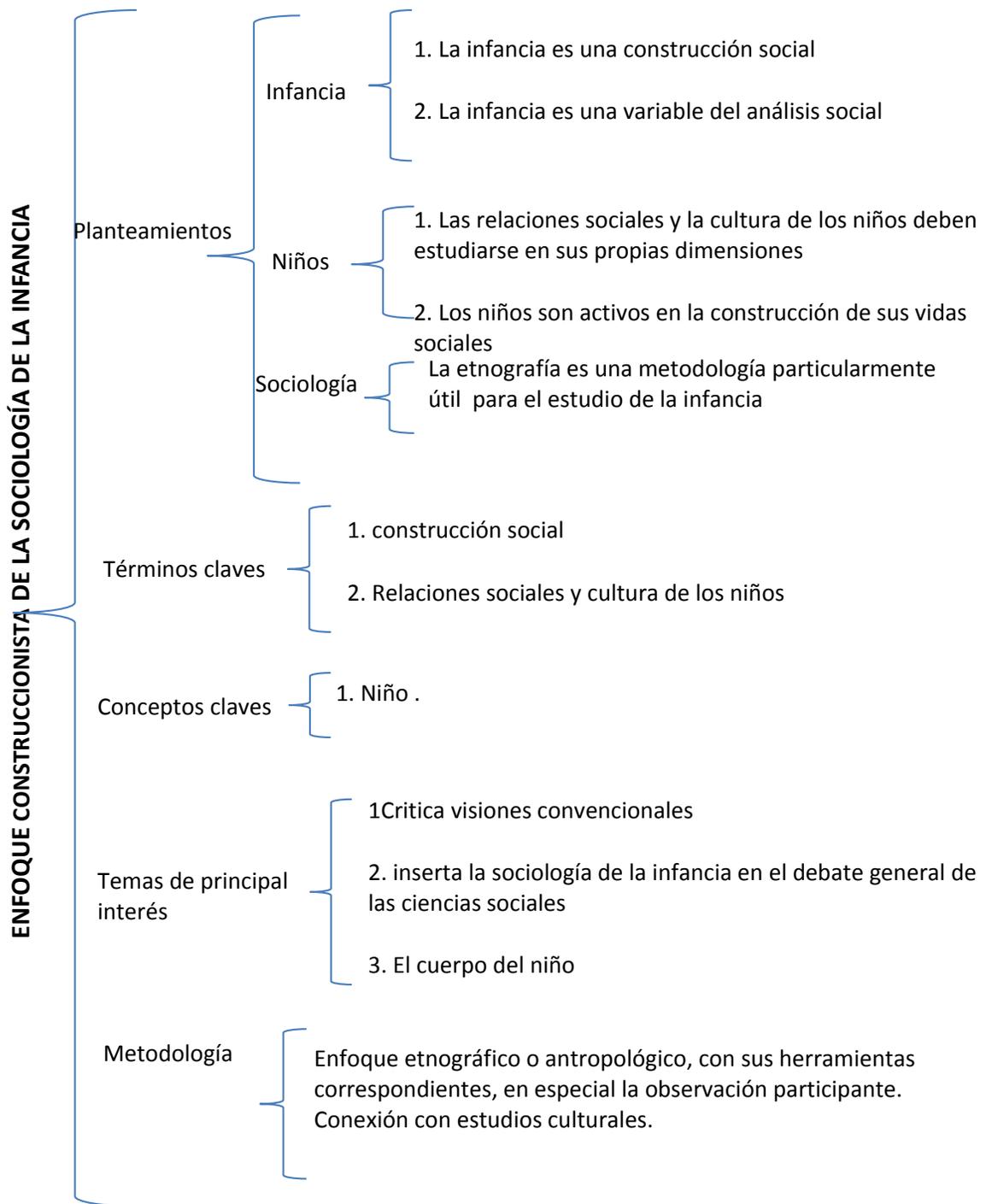
6.2 Enfoque Construccinista de la sociología de la infancia

Siguiendo a Pavez la idea principal de este enfoque es la visión de la infancia como una construcción social, en éste

. . . la infancia está inscrita en una estructura que afecta la vida de las niñas y los niños –tal como evidencia el enfoque estructural recién comentado–, pero se analiza la acción social de los individuos entendida como una capacidad de agencia dentro de los marcos estructurales (Pavez, 2012 p. 95).

Para el análisis de la acción infantil se tienen en cuenta los debates propuesto por Antony Giddens respecto a la estructura y acción de los individuos, develando la postura de que los actores sociales actúan en un contexto determinado que los impone, por lo que hay una comprensión de la infancia situada en cada contexto, no hegemónica que además se ve afectada por desigualdades de sexo, raza y por tanto este enfoque pone el acento

. . .en la pluralidad de infancias (basada en la existencia de distintas construcciones de la misma), . . . y se aproxima bastante a otra importante cuestión sociológica, cual es la de cultura y sociedad, así como a las representaciones simbólicas del mundo social (Gaitán, 2006, p. 17).



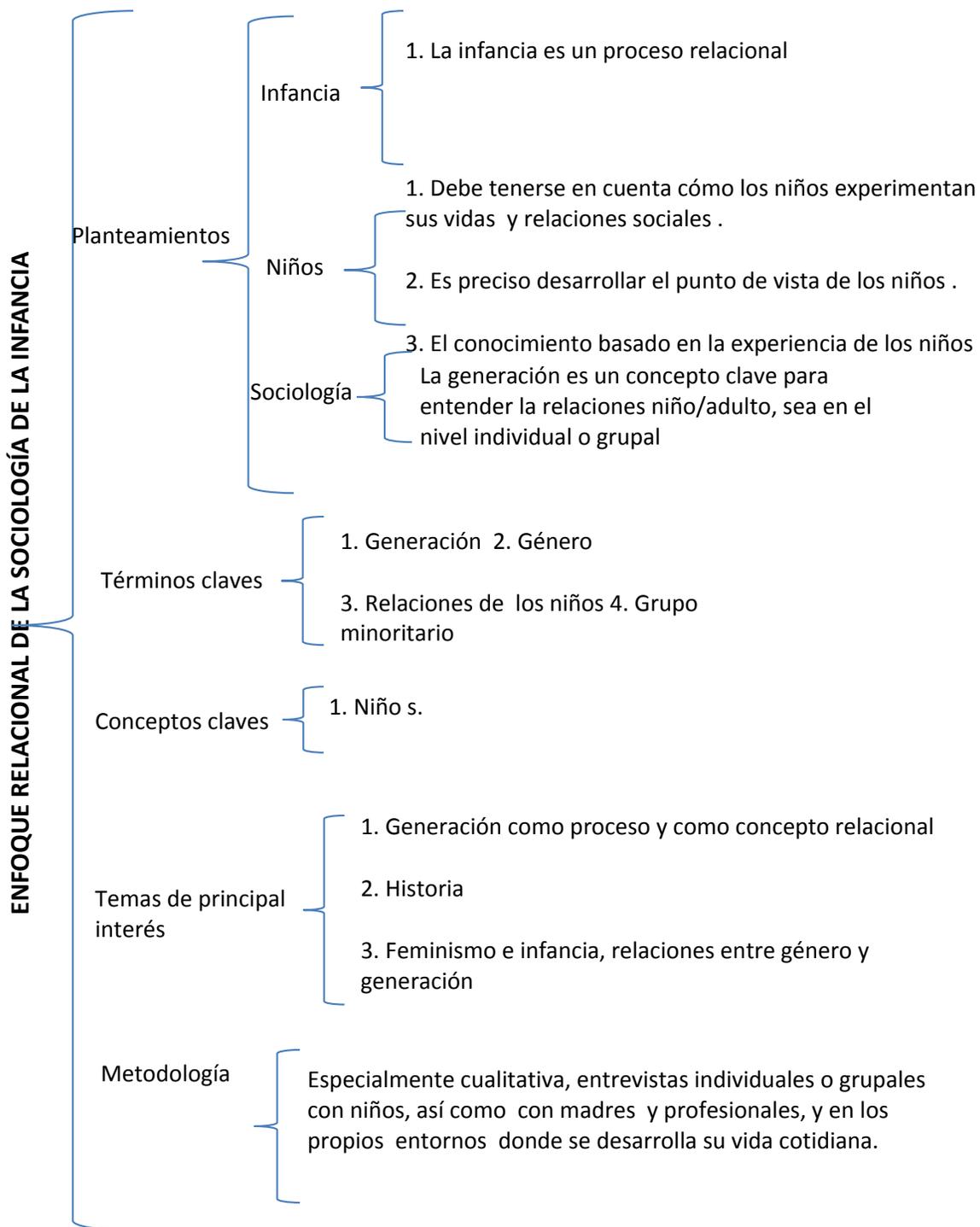
Fuente: Construcción personal basada en la propuesta de Lourdes Gaitán

6.3 Enfoque relacional de la sociología de la infancia

El enfoque relacional de la sociología de la infancia, define ésta, como un proceso y discierne sobre lo que es común a la niñez en sus relaciones con los adultos en función de las relaciones políticas donde se configuran relaciones de poder al interior de los grupos sociales a nivel individual o micro y al nivel grupal o macro sin olvidar que este enfoque hace énfasis en el plano de la relaciones micro sociales.

. . . compartido, aunque centrado en los adultos, y es a través del mutuo entendimiento como se desarrolla la relación de investigación. Se da menos énfasis a las vidas sociales de los niños con otros niños, antes bien, la atención se centra en las perspectivas de los niños y en su comprensión de un mundo adulto en el que son llamados a participar. Este tipo de investigación predomina en los estudios sobre niños enfermos y niños trabajadores. La muerte y el trabajo no tienen un espacio natural en la ideología de una infancia segura, feliz y protegida (Gaitán, 2006, p. 13).

Así "El enfoque relacional parte de la premisa teórica de que las niñas y los niños son actores y agentes –perspectiva desarrollada en el enfoque constructivista–, pero la acción social infantil se da dentro de parámetros de poder minoritario" (Pavez, 2012, p. 98)



Fuente: Construcción personal basada en la propuesta de Lourdes Gaitán

6.4 El enfoque construccionista de la Nueva Sociología de la Infancia, un enfoque sociológico para la lectura del niño sicario en Medellín.

De los tres enfoques propuestos por Lourdes Gaitán, el enfoque construccionista es el enfoque escogido para realzar la lectura del niño sicario, en este enfoque particular se destaca y esto constituye su principal aporte, que la noción de infancia que se plantea en este, es una construcción social, que está inscrita en una estructura que afecta la vida de las niñas y los niños sin desconocer su capacidad de agencia; es decir, que las niñas y los niños "actúan y construyen en su entorno, [produciendo] conocimientos y experiencias" (Pavez, 2012, p. 96).

Los rasgos que se numeran a continuación del enfoque construccionista corresponden a las características que resalta Pavez del libro de 1990 de James y Prout titulado *Constructing and Reconstructing Childhood. Contemporary Issues in the Sociological Study of Childhood*.

1. La infancia es comprendida como una construcción social. Se reconoce el carácter natural (biológico) de la infancia pero integrado en un contexto social y cultural. Se comprueba que en cada sociedad aparece como un componente de la estructura y también con una dimensión cultural específica y diferente de otras sociedades.
2. La infancia es una variable del análisis social. No puede ser entendida separadamente de otras variables como el género, la clase o la etnia. Cuando se analizan estas variables interrelacionadas se comprueba que existen muchas infancias, por lo tanto, que no es un fenómeno único y universal.
3. Las relaciones sociales de las niñas y los niños son valiosas para estudiarlas por sí mismas, independiente de la perspectiva de las personas adultas.
4. Las niñas y los niños son y deben ser vistos como agentes; es decir, como actores sociales que participan en la construcción y determinación de sus propias vidas, de quienes les rodean y de las sociedades en que viven. Las niñas y los niños no son objetos pasivos de la estructura y los procesos sociales.

5. La etnografía es un método particularmente útil para el estudio de la infancia, puesto que permite considerar la voz infantil en la producción de los datos sociológicos.

6. La infancia es un fenómeno en relación con la doble hermenéutica de las ciencias sociales actuales. Un nuevo paradigma sociológico sobre la infancia da cuenta de la reconstrucción social y política de la infancia en nuestras sociedades. (citado por Pavez, 2012, 94-95).

Estas características son las que se utilizarán para realizar el análisis y plantear las reflexiones sobre fenómeno del niño sicario acorde con los objetivos de este ejercicio investigativo; las razones para tomar el enfoque construccionista de la nueva sociología de la infancia son las que nos permiten entender que la noción de infancia planteada en el enfoque construccionista es una construcción social, tal como se nos presenta en el niño sicario inscrito en el contexto particular del narcotráfico en Medellín en los ochentas, y que dicho contexto incide sobre la vida de éstos, pero a su vez reconoce en los niños sicarios la capacidad de transformar creativamente el entorno que los determina; este enfoque plantea que la vida social de los niños a través de la cotidianidad, transforman, producen y reproducen dinámicamente las condiciones de la estructura y que dichas prácticas insertas en un contexto espacio temporal, constituyen un conjunto de prácticas donde el niño actúa, construye y determina su entorno, y es esto lo que precisamente busca comprender este trabajo monográfico sobre niño sicario.

7 METODOLOGÍA

El trabajo monográfico que se planteó, fue un ejercicio investigativo de carácter documental, descriptivo y reflexivo, que pretendió responder a la pregunta por cómo comprender al niño sicario en Medellín a partir de los enfoques de la Nueva Sociología de la infancia en la década de 1980-1990. Para dar cuenta de esta reflexión y cumplir con los objetivos propuestos, se hizo una revisión de los estudios desde diversas disciplinas sobre el niño sicario, los trabajos sobre los nuevos enfoques de la sociología de la infancia y los casos paradigmáticos propuestos.

Un aspecto clave que fue tenido en cuenta para el diseño metodológico y tendiente a delimitar el tema del trabajo fueron las fuentes de las cuales se alimentó la reflexión aquí planteada, este aspecto, que a su vez está en estrecha relación con los alcances de un trabajo monográfico, puesto que, dadas las limitaciones temporales que se tuvieron para su realización y las imposibilidad para hallar la voz directa del niño sicario de los ochenta; se optó por fuentes documentales y de prensa para construir los casos paradigmáticos con los cuales se intentó develar las características del niño sicario, dichos casos paradigmáticos son los de John Jairo Arias Tascón alias Pinina y alias Toño, dos casos que ejemplifican en su accionar las características del niño sicario y en los cuales se obtiene a través de estas investigaciones documentales, las narraciones propias de lo que fue su experiencia en la infancia

Entre las fuentes documentales que fueron consultadas se encuentran, fuentes escritas, tales como: artículos de revista, investigaciones, tesis, y en general, documentación sustentada en investigaciones; se escogió este tipo de fuentes, toda vez que se consideró que estas fuentes eran confiables dado el sustento académico que esta documentación suele tener, y que en función de esto, a través de dicha documentación se puede tener una visión objetiva del fenómeno del niño sicario y su lectura por parte de los diversos investigadores y disciplinas.

La estrategia que se siguió para este ejercicio investigativo fue el de la investigación documental, la cual, “implica hacer una revisión previa de estudios anteriores y de literatura relacionada que permita establecer qué se ha dicho sobre el tema propuesto, desde qué punto de vista y con qué resultados” (Galeano, 2004, p. 116). Esta revisión de la literatura busca detectar, fichar, clasificar, y analizar la bibliografía y documentación con el propósito de ayudarnos a alcanzar los fines propuestos en este trabajo monográfico.

Este ejercicio investigativo se realizó aquí en tres fases:

La primera correspondió a la etapa de planificación del estudio y al diseño de la investigación, es decir, la definición del tema, su delimitación conceptual, temporal y espacial, para esto se hizo una revisión de estudios e investigaciones referentes al tema de la monografía. En un segundo momento en este trabajo, se implementó una etapa en la cual a partir de las determinaciones anteriores se tomó la decisión de qué tipo de fuentes y cuál documentación era requerida para el ejercicio investigativo, esta determinación se tomó en función de la pertinencia de las fuentes y de la posibilidad de éstas y de la documentación escogida para dar cuenta de los objetivos propuestos. En un tercer momento, que correspondió a la etapa de escritura, se hizo acopio de esta documentación de forma estructurada y de las fuentes seleccionadas, con el propósito de consignar los hallazgos y realizar el análisis y la interpretación de la documentación que fue usada.

En todas las etapas de esta monografía se usaron fichas de análisis de los documentos, que nos permitieron sintetizar la información consignada en ellos, aislar categorías de análisis útiles para los fines propuestos en el trabajo, esquematizar los planteamientos principales de la documentación, aislar las ideas centrales de los textos y sus posibles aportes al trabajo monográfico, y realizar observaciones y análisis al margen del texto que posteriormente fueron útiles y facilitaron la labor de escritura del presente trabajo monográfico.

8 ANALISIS DE RESULTADOS: EL NIÑO SICARIO EN MEDELLÍN UNA DIMENSIÓN SOCIOLOGICA

8.1 Narcotráfico. Contexto sociocultural del fenómeno del niño sicario

Establecer las causas de la emergencia y configuración de un fenómeno como el narcotráfico en Colombia, se escapa a los propósitos y alcances de este trabajo; pero dado que el narcotráfico es un fenómeno que cuando se presenta en una sociedad, tiene la capacidad de ser transversal a múltiples relaciones sociales; y puesto que es un fenómeno que “ha comprometido a todos los sectores de la economía, a todas las clases sociales y a las elites políticas y económicas del país” (Medina, 2012, p. 145), será necesario describir sus orígenes, toda vez que, ya instalado en la sociedad, el “narcotráfico forma parte de la sociedad a la vez que la transforma” (Villatoro, 2012, p. 60). El propósito aquí es el describir las condiciones a través de las cuales se configuró una sociedad que tuvo como un producto social al niño sicario.

El fenómeno del narcotráfico se instaló fuertemente en la sociedad colombiana, principalmente en las ciudades de Medellín y Cali, y modificó profundamente las estructuras de los poderes tradicionales; a nivel social, el narcotráfico posibilitó la emergencia de una cultura fuertemente marcada por una iconografía en la que dinero, poder y violencia eran los rasgo más distintivos. La importancia del narcotráfico como fenómeno, “no se trata únicamente de la ilegalidad de la actividad, sino de que sus estructuras han afectado y penetrado todo el cuerpo social dejando de ser una problemática o agresión aislada de la normalidad” (Villatoro, 2012, p. 64), para pasar a ser un fenómeno que produce significados, conductas, modos de pensar y prácticas, que tienen gran trascendencia y de las cuales es imperativo establecer sus orígenes.

El comercio de cocaína a nivel mundial se inició hacia la década de 1880, como una industria legal, y desde su inicio “Colombia, Perú y Bolivia comenzaron a competir en el mercado internacional de la coca con ingleses y holandeses, que la producían en sus colonias” (Arango & Child, 1984, p. 125). En Colombia

. . . en el siglo XIX y principios del XX, las drogas como la marihuana, los opiáceos y la cocaína se utilizaban. . . por razones médicas. Derivados del opio como la morfina y la heroína, así como medicamentos derivados de la cocaína, los vinos de coca y los cigarrillos de marihuana fueron utilizados durante este periodo con fines medicinales prescritos por los médicos, y se obtenían fácilmente en las farmacias y mercados populares (Medina, 2012, p. 146).

Para 1885 el auge y el aumento en la demanda del alcaloide hizo elevar los precios del mismo; a este respecto el periódico “*El Comercio*, de Bogotá publicó en 1885 un artículo sobre la cocaína en el cual afirma que si las esperanzas en ella cifradas se realizan ‘no hay duda que sería para América una nueva y abundante fuente de riqueza’” (Arango & Child, 1984, p. 126). En este contexto “las autoridades se preocuparon esencialmente por controlar la calidad de estos productos en el propósito de proteger a los consumidores. Los adictos no eran considerados personas enfermas ni delincuentes. (Medina, 2012, p. 146)

Los buenos precios internacionales, sumados a un ambiente de no prohibición hicieron de la coca una naciente y prometedora industria; evidencia de esto, es que en el código penal de 1936, que estuvo vigente hasta 1980, no se sancionaba su uso y en el artículo 29 “se consignó que quien cometiera un delito bajo el efecto de tales sustancias se le aplicaría reclusión en un manicomio criminal” (Arango & Child, 1984, p. 126).

El auge del comercio internacional de la cocaína y los fracasos de las potencias occidentales para controlar la naciente industria, toda vez que “norteamericanos,

belgas, franceses, ingleses y holandeses hicieron diversos intentos por cultivar el arbusto de la coca” (Arango & Child, 1984, p. 142), con malos resultados, o que no llenaban las expectativas y las necesidades del mercado; sumado a una intensa polémica sobre los efectos nocivos del consumo, condujeron para inicios del siglo XX que la cocaína se equiparara a las drogas fuertes como la morfina y la heroína, la “ley Harrison de los Estados Unidos, aprobada en 1914, incluyó la cocaína entre las drogas especialmente peligrosas” (Arango & Child, 1984, p. 147-148). Posteriormente vendrían “la Convención internacional del opio de Shangai (1909) y la Conferencia de la Haya (1912)” (Medina, 2012, p. 147), las cuales son el punto de partida de la lucha contra el narcotráfico; Otros acuerdos que limitarían el uso legal de la cocaína¹ son el de Ginebra de 1925 y el de 1931. El narcotráfico es un término genérico con el cual los servicios de seguridad norteamericanos engloban la generalidad de las sustancias ilícitas, la cocaína específicamente es un estimulante del sistema nervioso central, mientras que la marihuana es un alucinógeno y la heroína un narcótico, si bien estas diferencias son importantes, las tres sustancias ilícitas son catalogadas como «narcóticos».

En Colombia “la lucha contra el narcotráfico se inicia con expedición de la Ley 11 de 1920 que se pone en concordancia con los acuerdos de Shangai, Haya y Ginebra” (Medina, 2012, p. 147), ya para la década de los treinta la producción y el tráfico estaban prohibidos, pues, durante “el gobierno del presidente Alfonso López Pumarejo (1934-1938) se introduce en el Código Penal la sanción a conductas relacionadas con el tráfico y comercio de narcóticos” (Medina, 2012, p. 147).

¹ Es necesario resaltar aquí, al margen de la discusión planteada, las afirmaciones del profesor Darío Betancourt Betancourt, cuando afirma que: “El término narco-tráfico esconde, en realidad, una intencionalidad política, económica y cultural imperialista y pro-norteamericana; puesto que además de no ser narcóticos ni la marihuana ni la cocaína, dicha definición no involucra a los consumidores ni a los lavadores de dólares en Norteamérica, pretendiendo de este modo darle una calificación latinoamericana y racista a la producción, comercialización y consumo de psicotrópicos.” (Betancourt, 1991, 1)

En la prensa de los años treinta en Colombia, ya se evidencia el impacto de del ambiente prohibitivo que se inició desde finales del XIX, como se relata el en artículo de *El Tiempo* de Julio 12 de 1934:

. . . es bien frecuente el caso de que a nuestras oficinas de redacción lleguen quejas sobre el auge que ha tomado en los últimos meses el comercio clandestino de cocaína y otras drogas heroicas, vicio que está tomando un incremento enorme sobre todas las clases sociales, pero especialmente entre algunos muchachos de la «élite bogotana» (Arango & Child, 1984, p. 148).

Sí bien se perseguían la comercialización y el tráfico, los intentos por establecer una normativa que regulase el ámbito de la producción y el del consumo, se da a partir de este ambiente de prohibición, el cual incidió en la legislación colombiana ya bien entrada la década de los cuarenta; “el presidente Mariano Ospina Pérez dictó en marzo de 1947 el primer estatuto antinarcóticos de la Republica, orientado contra el cultivo, comercialización y consumo de la coca y la marihuana” (Arango & Child, 1984, p. 123), pero ante las presiones de los coqueros el estatuto debió suspenderse a cincuenta días de su promulgación.

Según el análisis de Carlos Medina Gallego, en Colombia los orígenes del narcotráfico como industria pueden rastrearse

. . . desde el comienzo de la segunda mitad del siglo XX como consecuencia de, al menos, cinco factores: las crisis de producción agrícola, la crisis de producción textil, el desarrollo de la actividad del contrabando, la violencia política y, la lógica demanda-prohibición–adicción-consumo. (2012, p. 146)

Aunque existen evidencias concluyentes de que el narcotráfico moderno, en la forma como lo conocemos hoy, es decir, el proceso “que ha convertido a Colombia en uno de los centros internacionales del mercado de narcóticos se inició a mediados de la década de los cincuenta” (Arango & Child, 1984, p. 161); evidencia de esto son las informaciones de prensa, entre las cuales se destaca el artículo

del *El Espectador* del 22 de mayo de 1959, en el que el diario “publicó a 5 columnas la noticia de que Medellín era centro internacional del narcotráfico, que operaba en conexión con La Habana” (Arango & Child, 1984, p. 166-167). No existe entre los investigadores un consenso sobre en qué momento se inició dicho proceso.

Uno de los elementos fundamentales que debe tenerse en cuenta para determinar el punto de inicio del narcotráfico en Colombia es la declaratoria de ilegalidad de la producción y el tráfico de sustancias psicotrópicas, pues, es la prohibición la que condiciona las formas de comercio de dichas sustancias y los modos de relación de los productores con la sociedad y el Estado. Otra circunstancia particular que puede explicar este desacierto es la ausencia de una noción fuerte que defina que es el narcotráfico; en este sentido, queremos hacer eco de la definición de Carlos Medina Gallego, la cual parece describir acertadamente el fenómeno, así:

La designación de narcotráfico hace referencia a un conjunto de actividades ilegales a través de las cuales se implementa la producción, transporte y comercialización de drogas psicoactivas y la constitución de un modelo de organización económica y social ilegal con altísimo nivel de injerencia en los aspectos económicos y políticos de las sociedades formales (2012, p. 142).

Otro de los elementos constitutivos del narcotráfico que es necesario resaltar es que la más importante “arma con que cuenta el narcotráfico no lo constituye su capacidad de fuego, sino, su capacidad de corrupción e infiltración en los circuitos económicos, sociales y políticos convencionales” (Medina, 2012, p. 141), es decir, infiltrarse efectiva y firmemente en las redes de corrupción o corromper instituciones y relaciones legítimas para imponer sus propósitos.

Un acontecimiento que es de gran importancia a la hora de entender la emergencia del narcotráfico en Colombia y Suramérica, es la revolución cubana, toda vez que era desde Cuba que las mafias y los narcotraficantes

norteamericanos proveían a los mercados estadounidenses, pero la revolución, debilitó estas redes y “creo la necesidad de reconfigurar la geografía del tráfico de narcóticos, sus rutas y mercados, dando inicio a un ciclo en el que participaran nuevos traficantes latinoamericanos en donde con el tiempo sobresaldrán colombianos y mexicanos” (Medina, 2012, p. 147)

El narcotráfico por ser un fenómeno dinámico, se instala en las redes de relación que le sean necesarias y propicias para el cumplimiento de sus fines. En el caso colombiano, capturó las redes de contrabando tradicionales de la costa atlántica;

. . . todos los relatos y estudios coinciden en afirmar que los primeros traficantes, que hacia 1968-70 entablaron contactos con los traficantes y compradores norteamericanos para los primeros embarques de marihuana de la Sierra Nevada, fueron antiguos contrabandistas de electrodomésticos, cigarrillos y whisky, profesión muy común y legendaria en dicha región que se caracterizaban por conocer a la perfección las rutas y caletas del Caribe y las Antillas (Betancourt, 1991, p. 7-8).

Estas redes de contrabandistas serán determinantes en la configuración inicial del narcotráfico en Colombia; “los dos puntos de desarrollo de la actividad del contrabando que serán fundamentales en el impulso del narcotráfico son Urabá y la Guajira” (Medina, 2012, p. 148), puntos en los cuales operará el llamado grupo antioqueño, el cual dará origen al cartel de Medellín. Estas redes, por las cuales se contrabandeaban bienes, en el periodo entre 1960 y 1970, tendrán una transición hacia las drogas. Pero el control efectivo de las rutas estará en este periodo controlado por las mafias norteamericanas y el grupo antioqueño estará relegado a ser un mero operador al mando de dichas mafias.

A este periodo de transición suele denominarse el *ciclo marinbero*, varias condiciones son importantes para que éste tenga fin; entre ellas, la presión de los organismos de control sobre los puntos de salida de los cargamentos; la

legalización del cultivo en Norteamérica con fines terapéuticos, y que “las mafias. . . empezaron a producir su propia hierba en los Estados de California, Hawai, Alaska y Ohio” (Betancourt, 1991, p. 13). Estas condiciones confluirán, en la configuración de un nuevo ciclo; *el ciclo de la coca*, en el cual los colombianos tendrán un papel central, habida cuenta de la experiencia que tenían del cultivo y del procesamiento de la base de coca, como se planteó más arriba, y que la experiencia del tráfico de marihuana les había aportado la experiencia organizativa para convertirse en una efectiva expresión de la delincuencia organizada.

Otros elementos que coadyuvaron al configurar el fin de la bonanza marimbera, fueron, por un lado, el aumento del consumo de cocaína en los Estados Unidos; y “la expansión del núcleo antioqueño y la formación del núcleo del Valle (Medina, 2012, p. 151-152). Entre estos dos grupos surgirá una rivalidad por el control de los mercados y las rutas para la exportación de cocaína, dando origen a los carteles de Cali y Medellín, organizaciones que entre las dos “centralizaron el grueso del tráfico de cocaína que se efectuaba desde Colombia” (Salazar & Jaramillo, 1992, p. 78).

8.2 El cartel de Medellín y las bandas juveniles de sicarios

El narcotráfico es una estructura compleja conformada por redes clientelares, “clandestinas a través de las cuales operan los distintos empresarios de la droga compartiendo recursos y estrategias que posibilitan los procesos de producción (cultivos y cocinas), transporte (rutas), comercialización (mercados) y legalización de capitales (lavado de activos)” (Medina, 2012, p. 142), en las cuales no se establecen mecanismos formales de relación, sino que instaura relaciones dinámicas al interior de sus estructuras. Estas redes clientelares toman en la configuración que se dio en Colombia durante los ochenta el nombre de *cartel*;

. . . el término ‘cartel’ surge en Alemania a partir de 1879 para referirse a una nueva actividad económica que adquiere forma monopolista, pero es

retomado por el gobierno de los Estados Unidos desde 1986 para señalar a los grupos colombianos que exportan la cocaína (Ospina, 2010, p. 25).

La emergencia de los carteles de narcotraficantes en Colombia no sólo se explica por el aumento del consumo en el exterior y la disponibilidad de las rutas para exportarlo; el narcotráfico, como fenómeno social, es por definición un fenómeno complejo y multivariado, que no se explica por la ocurrencia de unos cuantos acontecimientos, sino que en su lugar, es necesaria la confluencia de una cantidad de factores, que sumados coadyuvan para facilitar la emergencia de fenómeno en una sociedad; en Colombia, además de los citados anteriormente, otros elementos causales internos que pueden ser destacados son:

. . . El precario crecimiento económico de la década del setenta y la pauperización de las clases medias y pobres que encontró en el narcotráfico la única salida para compensar la pérdida de ingresos; la posibilidad de consolidar focos del narcotráfico en las ciudades con la complicidad de importantes sectores sociales e institucionales; la existencia de servidores públicos y autoridades involucradas y cómplices en la expansión del fenómeno; el surgimiento de una delincuencia común de clases medias y bajas, que se convierte en una clase emergente a través del narcotráfico; el rápido y abrumador enriquecimiento que conduce a un importante grupo de narcotraficantes a establecer relaciones con elites económicas y políticas y, a resquebrajar la institucionalidad mediante la introducción de capitales provenientes de la economía ilegal del narcotráfico (Medina, 2012, p. 152).

Todos estos elementos, sumados a la precariedad del sistema legal y punitivo, que se cristalizó en un orden normativo en el que la impunidad era (y es) una característica, abonaron el terreno para que se desarrollaran en Colombia las mencionadas redes de narcotraficantes.

Pero, el fenómeno más interesante aquí, es la forma a través de la cual el narcotráfico, que como su nombre lo indica, está referido por definición al tráfico

de sustancias psicoactivas ilegales; se infiltra en la sociedad convirtiéndose en una estructura mafiosa; el narcotráfico, es una expresión de la delincuencia organizada que “moviéndose en las lógicas de un modelo criminal de acumulación capitalista, comienza a dar origen al proceso de desarrollo mafioso que compromete la economía, la sociedad y el Estado” (Medina, 2012, p. 152-153).

Desde el punto de vista clásico la mafia, como es el caso de la mafia italiana se define como una organización “cohesionada por lazos de familia, que se remonta a varias generaciones, con normas, leyes e ideología sin codificar, que se transmite de padres a hijos; es una hermandad para el crimen y al margen de la ley” (Betancourt, 1991, p. 3), es un tipo de organización que mediante el liderazgo de un capo o un jefe “tiende a formarse en sociedades en las cuales el orden público es ineficaz o en las que los ciudadanos consideran que el Estado y las autoridades son poco eficientes” (Betancourt, 1991, p. 3) y en consecuencia tienden a dirimir los conflictos directamente, a través de un ejercicio de autoridad coercitiva o mediante el ejercicio de la violencia. La mafia opera en paralelo al Estado y es el resultado “de negocios lícitos e ilícitos realizados a lo largo de varios años y con sus acciones se ha propuesto ganar el control sobre amplios campos de las actividades económica, política, cultural y social del país” (Betancourt, 1991, p. 5).

En sentido estricto, la mafia colombiana, aunque intenta influir y ganar control sobre actividades legales en el ámbito político, económico y social, a partir de los rendimientos de actividades ilegales; difiere de la visión clásica, que se establece a partir de la mafia italiana o la siciliana, según el profesor Dario Betancourt Echeverry, porque la versión de mafia que se configuró en Colombia, no es, según sus propias palabras, “un movimiento social puro”, y difiere de la noción clásica de la mafia por tres características destacables; la primera es que los carteles colombianos son un particular tipo de organización que se configura en torno a suma de fuerzas, y los intereses por imponer la voluntad de algunos de sus miembros; la segunda es, que dichas organizaciones son expresión de la

frustración de las clases medias, condicionadas por la precaria sujeción a la norma de algunos individuos pertenecientes a ellas; y tercero, que ésta no representa una organización rigurosamente jerarquizada, ya que algunas de sus partes constitutivas tienen una relativa autonomía (1991, p. 3-4). La mafia colombiana se configura, entonces, como expresión de la delincuencia organizada “que obtiene ganancias y beneficios y pretende alcanzar la inmunidad jurídica mediante la aplicación sistemática del terror, la corrupción y el soborno” (Betancourt, 1991, p. 5).

El cartel de Medellín, fue una organización criminal que se afianzó como cartel durante los años setentas, cuando grupos de pequeños traficantes se encargaban del “acopio de la pasta y base de coca producida fundamentalmente en el Perú y Bolivia, del procesamiento, la exportación de la cocaína y su distribución al por mayor en los países consumidores” (Krauthausen, 1994, p. 117).

Posteriormente dicho cartel se organiza con el propósito de “controlar toda la cadena productiva de la economía del narcotráfico” (Medina, 2012, p. 153), el cartel de Medellín “estaba conformado por sectores de clase media y baja, que fue ascendiendo con dificultad en una sociedad racista y conservadora y que no se resignaba dócilmente a perder su tradicional hegemonía” (Betancourt, 1991, p. 13-14); circunstancia que determina la actitud violenta y conflictiva con la cual el cartel hace irrupción en la sociedad antioqueña.

Entre “1978 a 1988 el cartel de Medellín tuvo su máximo expansión en los aspectos económicos, político y militar” (Medina, 2012, p. 154), para el final de esta temporalidad “las fortunas de los principales jefes crecieron de manera desproporcionada por la rentabilidad del negocio del narcotráfico. . . . En 1987 se calculaba la fortuna de Pablo Escobar en 8 mil millones de dólares” (Medina, 2012, p. 154); entre las causas que explican la vertiginosa expansión del cartel de Medellín se pueden contar: la voluntad y el carisma de algunos de sus miembros, la violencia que caracterizaba el accionar de la organización, la corrupción, el

poder económico del cual disponía, la precaria legitimidad del Estado colombiano, o la suma de estos factores; de esta forma “el cartel de Medellín infiltró gran parte de las actividades económicas convencionales comprometiendo la banca, la industria textil, de la confección, alimentos y bebidas, el transporte, el turismo y el comercio entre otras” (Medina, 2012, p. 155).

Entre los individuos que se ubicaban en la más alta jerarquía del cartel se cuentan en orden de importancia: Pablo Emilio Escobar Gaviria, alias El Patrón; Gonzalo Rodríguez Gacha, alias El Mexicano; los hermanos Fabio, Jorge Luís y Juan David Ochoa; y Carlos Lehder. A esta lista se sumaban otros en menor escala de importancia que controlaban otros aspectos de la organización criminal, pero que dados los propósitos de este trabajo no es importante resaltar su participación en la estructura del cartel.

A estos se sumaban otros individuos, a los cuales es necesario resaltar, pues, se trata de jóvenes y, algunos de ellos, comenzaron su carrera criminal siendo niños, conformaron las estructuras criminales, y fueron el brazo armado del cartel. Estos sicarios y como se afirmó anteriormente, niños sicarios, fueron reclutados por el cartel con distintos propósitos, entre los que se cuentan: asesinatos, masacres, secuestros, organización y ejecución de atentados dinamiteros, torturas, extorsión, entre otros crímenes que eran cometidos en ejercicio de la voluntad de eliminación de los obstáculos que se le presentaban a los capos del cartel y en la búsqueda de alcanzar los objetivos de consolidación y mantenimiento de dicha estructura.

Muchos de estos sicarios trascendieron a la opinión pública a través de la sustitución de sus nombres por un alias; mecanismo con el cual pretendían mantener a salvo sus identidades, desligándose de su existencia normativa y formal, y reemplazándola por un ejercicio de nombramiento que les daba trascendencia al interior y hacia el exterior del cartel, de su destreza al cometer los actos criminales, obtenían el prestigio y reconocimiento. Entre los más reconocidos se cuentan: “Popeye, HH, El Angelito, El Chopo, El Osito, El Tato,

Tayson, El Palomo, Enchufle, Leo, Pinina, Quesito, Limón, León, Templor, Conavi, Turquía, El Japonés, La Cuca, Tavo, El Duro, Jhoncito, Abraham, entre otros” (Medina, 2012, p. 154).

Estos personajes conformaban los ejércitos de sicarios, los que mayoritariamente “eran varones entre 15 y 26 años de edad y habitaban en las zonas de la ciudad más afectadas por los problemas de marginación, pobreza y violencia” (Ibiševicová, 2010, p. 13), a través de ellos las mafias instauraron el férreo dominio del tráfico de narcóticos y de una sociedad que seducida o aterrorizada cedió ante los intereses de la mafia.

En estas barriadas la pobreza y la falta de oportunidades era una constante, “la situación económica de la mayoría de los habitantes de esos barrios en aquella época era pésima. El índice de las necesidades básicas insatisfechas (NBI) en Colombia era muy alto –en 1985, el índice NBI² era 43,2%” (Ibiševicová, 2010, p. 9), a partir de esta precariedad se configuró un fenómeno que, bajo el efecto combinado del sicariato y el narcotráfico, tuvo una profunda influencia en la cultura popular, instalando en ella toda suerte de “representaciones sociales, formulaciones ideológicas y prácticas relacionadas con el tráfico de drogas, las cuales han adquirido historia, peso, extensión, y protagonismo, y han terminado por destacar sobre las demás actividades y valores de la sociedad.” (Villatoro, 2012, p. 57).

La ausencia de confianza en las instituciones democráticas, la corrupción de éstas, la crisis de la industria en los años setenta, los bajos índices de

² En el índice NBI mide la calidad de vivienda y de espacio doméstico, de servicios públicos básicos, de asistencia escolar y de dependencia económica. Como viviendas inadecuadas son consideradas por ejemplo las que están ubicadas bajo puentes, las que carecen de paredes o tienen paredes hechos de materiales de desecho; el hacinamiento crítico es cuando en el hogar viven más de tres personas por habitación, y los servicios inadecuados son carencias o insuficiencias de coberturas de energía eléctrica, acueducto, alcantarillado, etc. Con ayuda de estos indicadores se determina, si las necesidades básicas de la población se encuentran cubiertas. Los grupos que no alcanzan un umbral mínimo fijado, son clasificados como pobres. Así son clasificados los barrios en estratos; los barrios de donde proviene el parlache están ubicados entre los estratos uno, dos y tres.

participación, la evidencia y la percepción de la impunidad, la violencia con la que operaban contra la población civil las instituciones encargadas de preservar el orden, sumado a que “no se prestaba apoyo suficiente por parte del Estado en cuanto a las oportunidades de educación y de trabajo o el acceso a servicio médico. La cobertura de servicios públicos solía ser insuficiente, el índice de desempleo era alto (Ibiševićová, 2010, p. 10). Todo esto facilitó el camino para que los narcotraficantes, se insertaran efectivamente en los sectores populares de la ciudad de Medellín y se posibilitara una configuración social “que concibe el uso de la violencia y la utilización de mecanismos de dominación como parte de sus usanzas y costumbres, y como uno de los medios más efectivos para obtener prestigio y movilización social” (Villatoro, 2012, p. 68); Así como lo afirma Darío Betancourt, sumados a las condiciones anteriores, dos precedentes en la cultura antioqueña tuvieron una profunda influencia en la inserción del narcotráfico en los sectores populares el “culto al dinero” y deseo de “ser alguien en la vida”, dos premisas muy arraigadas en la sociedad antioqueña, que coadyuvaron para que se conformara “una bien sincronizada red de complicidades y lealtades manejadas bien mediante el dinero o bien mediante la fuerza de las armas” (Betancourt, 1991, p. 14);

Las bandas juveniles y las bandas de sicarios, son el resultado social de muchas de las condiciones que posibilitaron la efectiva inserción del narcotráfico en los sectores populares, en parte “el sicariato en nuestro país tiene que ver con la cultura del dinero desarrollada paralelamente al narcotráfico” (Romero, Londoño & De Salvador, 1991, p. 51). Aunque las bandas igual que el narcotráfico, son procesos de configuración social multivariado y complejo, en el desarrollo del mismo puede señalarse la crisis de la estructura familiar

. . . en los barrios populares había muchas familias descompuestas donde las cabezas de los hogares eran madres solteras, abandonadas o viudas. Frecuentemente los jóvenes concebían a sus madres como unas heroínas y a su modo se esforzaban a ayudarles aportando a la casa dinero conseguido en actos delictivos. Las familias al enterarse de dónde provenía ese dinero,

primero se solían oponer pero más tarde daban su consentimiento silencioso (Ibiševicová, 2010, p. 14)

Dicha crisis de la estructura familiar es producto del proceso de desindustrialización que sufrió Medellín durante los setenta y los ochentas; en este proceso el rol del padre proveedor se vio impugnado, y el desempleo, la frustración social, la ausencia de oportunidades de inclusión social, que afectó a los jóvenes, abocó a éstos últimos a encontrar nuevas formas de socialización,

. . . al grupo no lo une sólo un interés económico sino un rol social que los identifica y los cohesiona. Están presentes en ellas marcas rituales, juegos de poder, territorialidad, elementos que se conjugan para exigir un reconocimiento social que es lo que está en el fondo de este protagonismo juvenil: decir ‘existimos, somos, podemos (Salazar, 1991, p. 159).

Dichas formas de socialización operaban en un contexto en el cual ya no eran válidas las construcciones normativas sociales, sino que se adaptaban según los contextos por los mismos integrantes de las bandas. “De barrios como Aranjuez, Manrique, Popular, Villa Tina y de las comunas nororientales y noroccidental, surgen quienes han de conformar las bandas de sicarios” (Betancourt, 1991, p. 15)

Cada una de ellas disponía y defendía una territorialidad, en las bandas se “hacían amistades y formaban los denominados ‘parches’ en las esquinas de los barrios. Las esquinas se habían convertido en principales lugares de sus reuniones y asimismo en el símbolo de sus estilos de vida” (Ibiševicová, 2010, p. 15) que al no regirse por patrones de autoridad tradicional, se configuraban a partir de nuevos patrones que hicieron de las bandas estructuras jerárquicas lideradas por uno de sus miembros.

Se identificaban en sus inicios por algún género musical, como el rock o el punk; y en un contexto socio cultural marcado por la precariedad del recurso económico, “los jóvenes sentían una necesidad de ascender en la escala social. Necesitaban tener dinero suficiente para poder mostrar su poder y exhibirse. . . . Luego, los que

empezaban a delinquir y a lucir las riquezas se convertían en modelos para los demás” (Ibiševicová, 2010, p. 14), muchos de estos niños y jóvenes,

frecuentemente terminaban uniéndose a las bandas que se creaban con fines delictivos; otras veces simplemente eran grupos de amigos que más tarde, por influencias de otras bandas, por razones de la venganza, o por querer o necesitar adquirir los bienes materiales y el dinero se convertían en pandillas delincuenciales (Ibiševicová, 2010, p. 15).

Por su parte las bandas con el imperativo de defenderse de otras que impugnaban su poderío en su territorio, se financiaban con el hurto, el establecimiento de peajes ilegales, la venta de sustancias psicoactivas, la extorsión, el cobro a comerciantes legales para que no fueran víctimas de robos, o para que ellos mismos no los robaran, “entre el raponeo, el atraco, la pandilla, el manejo de la moto, el parrilleo y el vicio, inician sus primeros pasos para luego perfeccionarse en conducción de vehículos, manejo de armas, técnicas de escape, etc.” (Betancourt, 1991, p. 15) y demás actividades, como las que empezaron a cometer cuando el narcotráfico los cooptó para el cumplimiento de sus fines.

Las bandas juveniles, en las cuales el “promedio de las edades de los integrantes de estas bandas era de 16 años” (Ibiševicová, 2010, p. 16), con la irrupción del narcotráfico y la influencia del cartel de Medellín en los barrios populares, sufrieron una profunda transformación, muchas de ellas, no todas; se convirtieron en verdaderas estructuras criminales, que aumentaron su capacidad destructiva, su disponibilidad de recursos económicos y su poder; algunas se profesionalizaron en la comisión de determinados delitos, como el asesinato por encargo, configurándose así como bandas de sicarios, “el fenómeno sicarial se generalizó a partir de la ruptura de la alianza no declarada entre la mafia y el Estado, después del asesinato del Ministro de Justicia Rodrigo Lara Bonilla, el 30 de abril de 1984” (Betancourt, 1991, p. 14).

El libro *El parlache en las obras escogidas de la literatura y cine colombianos*, partiendo de los planteamientos de Alonso Salazar en *No nacimos pa' semilla*, destaca algunas características de las bandas de sicarios de la ciudad de Medellín en los ochentas (Ibiševicová, 2010, p. 16-18), entre ellas se cuentan:

La dimensión territorial; la esquina como espacialidad, como lugar del reconocimiento y como emplazamiento estratégico debía ser defendida de pobladores de la misma zona que se oponían a la presencia de la banda y de otras bandas que les disputaran el control territorial.

Los instrumentos de trabajo de las bandas de sicarios; es decir, las armas y las motos, debían ser cuidadas y defendidas de la misma manera que el territorio, pues, de ellas dependía la supervivencia de la banda; la destreza en el manejo de uno u otro de los 'implementos de trabajo' implicaba toda una división del trabajo al interior de la organización, toda vez que, algunos de los integrantes de las bandas debían ser avezados conductores y otros diestros en el manejo de las armas, las cuales, solían ser pistolas, ametralladoras, mini-Uzis y granadas, estas últimas tenían como propósito facilitar las fugas de la escena del crimen cuando eran perseguidos.

La presencia de drogas, que aunque usualmente los sicarios despreciaban a los drogadictos, el consumo de cocaína y marihuana era frecuente entre ellos.

El gusto por los lujos y la ostentación; aunque la banda de sicarios requería cierta dosis de anonimato, la ostentación demostraba el éxito que dicha organización tenía y le asignaba en la comunidad mayor valor social.

La valoración que hacían de la vida y la muerte; los sicarios al concebir la muerte como negocio, identificaban su propia muerte como un riesgo calculado, mientras la supervivencia de su parentela cercana, principalmente la de madre quedara asegurada, morir joven no era para ellos una tragedia, de ahí su actitud suicida en determinados momentos.

El sentido religioso ambivalente; el culto a *María Auxiliadora* a quien se encomendaban para que les facilitará los ‘trabajos’, el rezar las balas, los escapularios y otras prácticas similares, eran tradiciones que estaban fuertemente arraigadas en los sicarios, producto de la herencia *paisa*.

La lealtad y la solidaridad entre los miembros de la banda; entre ellos existían fuertes vínculos sociales, que se reforzaban con diferentes expresiones de solidaridad, y entre las peores infracciones que podía cometer un sicario se contaba traicionar a sus compañeros y romper el código de silencio.

Percepción de otras bandas; aunque a veces se podían presentar afinidades con otras bandas de sicarios, en general, estas relaciones eran tensas, dado el carácter territorial de estas organizaciones.

La percepción de los organismos del Estado; en general los sicarios; como muchos ciudadanos, conciben al Estado y las instituciones encargadas de preservar el orden público, como otras estructuras criminales, para los sicarios los políticos y los policías son delincuentes y corruptos.

El argot; un nuevo contexto social, el establecimiento de unas relaciones sociales contrapuestas en alguna medida a las relaciones sociales tradicionales, requiere por tanto unos elementos expresivos de carácter lingüístico igualmente disimiles a los tradicionales, el *parlache* cristaliza de alguna forma la visión de mundo del sicario, su identidad marginal, excluida y resistente a la sociedad dominante.

Natalia Ramírez-López citando a Alonso Salazar destaca otro de los elementos fundamentales de la forma como los niños sicarios emergieron como agente en el complejo entramado de la violencia en Colombia; “los ‘sicarios’ son los muchachos que matan por encargo. Para estos jóvenes la muerte es un negocio, un trabajo, una realidad diaria” (Ramírez-López, 2008, p. 16). Los sicarios

. . . son en su mayoría adolescentes. Su organización y fuente de poder: la pandilla. Sus instrumentos y símbolos de dominios: el fierro y la moto. Su ideal de valor: el macho teso, duro, verraco, rebuscador que no se deja de

nadie ni por nadie, incluso de la ley (Romero, Londoño & De Salvador, 1991, p. 52).

Toda esta especie de iconografía, tiene un espacio de relación en la que se refuerzan sus contenidos, dicho espacio de relación son las bandas, las cuales son

. . . modelo de identificación de una notable parte de los jóvenes de los barrios populares donde sus vivencias relativas a aspectos como la muerte, la familia, la religión, el lenguaje, el dinero, el poder, la autoridad, la música y la ciudad, entre otros (Ramírez-López, 2008, p. 16),

En función de todos estos elementos constitutivos, planteados anteriormente, ¿cuál iba a ser el destino de estos niños, sino abocarse a la violencia?, ¿cómo podían escapar a las múltiples herencias de sangre que habían preparado su nacimiento?, en función de estas preguntas el niño sicario parece la evidencia de un destino manifiesto del cual algunos no pudieron escapar, así pues, el niño sicario es un producto social, una respuesta de una sociedad, habituada a la pobreza, la violencia y el desamparo.

8.3 Toño y Pinina, dos casos para una reflexión desde el enfoque construccionista de la nueva sociología de la infancia

En este aparte, se reflexiona sobre la construcción del niño sicario en Medellín en la década de 1980-1990, para este análisis se cuenta con una caracterización del niño sicario, que parte de la caracterización hecha por Ibiševicová en su texto *El parlache en las obras escogidas de la literatura y cine colombianos. Los hablantes del parlache y el contexto sociocultural del surgimiento de esta variedad lingüística. Procedimientos de creación léxica en el parlache* y los aportes de Salazar en los textos *No nacimos pa' semilla* y *Medellín las subculturas del narcotráfico*, otro de los insumos para esta reflexión serán los casos paradigmáticos, los cuales serán planteados posteriormente y los planteamientos

hechos desde el enfoque construccionista de la sociología de la infancia. Para iniciar dicha reflexión se aborda la acción social de las bandas de sicarios y el niño sicario en particular, toda vez que se evidencia en este grupo social

. . . un complejo comportamiento generacional marcado por características idiomáticas, comportamientos, emociones, pensamientos e imaginarios particulares: los jóvenes de estos espacios marginales fueron asimilando a su cotidianidad creencias religiosas, culturales y sociales específicas creando su propia forma de ser; forma de ser que necesita ser estudiada e interpretada para encontrar las respuestas a los diferentes cuestionamientos de lo que ha estado ocurriendo con la juventud colombiana (Ramírez-López, 2008, p. 2-3)

Los casos paradigmáticos presentados evidencian una serie de elementos, de las vivencias, espacios, contextos que los estudios e investigaciones del tema han situado y referenciado como comunes de esta forma particular de ser niño, y es el enfoque construccionista de la sociología de la infancia, que nos permite poner al niño en el centro de este ejercicio investigativo y plantear las reflexiones que nos ayuden en mayor medida a comprender al niño sicario de Medellín en la década de 1980-1990.

Por esto, alias “Pinina” y alias “Toño”, de quienes se recopila la información a través de archivos de prensa e investigaciones de carácter etnográfico, nos posibilitan, en función de la particular y específica configuración que tomó en ellos el fenómeno, rastrear algunas características más generales del niño sicario.

Alias Pinina, personaje famoso y conocido por sus nexos con Pablo Escobar, es una referencia obligada para plantear el fenómeno del niño sicario, toda vez que en éste se materializa y encarna el fenómeno del sicariato en la que podría ser la historia de cualquiera de los niños y jóvenes que para ese momento histórico, emergieron en el espacio social con una energía inusitada y caracterizando un agente social que impactó y transformó profundamente la cultura antioqueña, es por esto, que a través de las referencias en los archivos de prensa y crónicas - que son pocas- se reconstruyó lo que hay escrito de la vida de Pinnina, puesto que es a través de éstas pocas fuentes que es posible reconstruir el accionar de

este caso ejemplarizante del niño sicario, Alias “Toño” es uno de los personajes que aparecen en la publicación de Alonso Salazar *No Nacimos Pa’ Semilla*, publicación auspiciada por el Centro de Investigación y Educación Popular (CINEP) y la Corporación Región. La publicación recoge la experiencia de vida de varios jóvenes que por diversas razones se vieron inmersos en el mundo del hampa y específicamente en el mundo del sicariato y las milicias urbanas; además, el “libro nos trae también los relatos de madres, amigos, enemigos, activistas barriales, sacerdotes. De esta manera se traza un complejo y contradictorio mapa que determina la creación y valoración social del sicariato” (Salazar, 1991, p. 13), “los relatos fueron elaborados teniendo como base una serie de entrevistas realizadas en el año 1989 e inicios de 1990” (Salazar, 1991, p. 18). Uno de estos relatos es el de Toño, el cual es una narración cronológicamente ordenada, a partir del texto de Salazar de la experiencia de Toño como sicario.

Planteada la descripción del proceso de construcción de los casos paradigmáticos y la documentación a partir de la cual se elaboraron, los casos en cuestión son los siguientes:

John Jairo Arias Tascón, alias “Pinina” fue asesinado por la policía “el 14 de junio de 1990. . . . Exintegrante de la banda de Los Priscos. Obtuvo gran poder en el ala terrorista del cartel” (Derrumbe del cartel de Medellín, 1993, parra. 13); Pinina, nacido en uno de los barrios populares de la comuna nororiental de Medellín, desde los 12 años inició una carrera delictiva que lo llevaría a ser uno de los hombres más buscados de la mafia colombiana; la razón por la cual Pinina es importante y constituye un caso paradigmático en este trabajo monográfico es que en su existencia se cristalizan los elementos que configuran la caracterización del niño sicario, el cual es el interés de este trabajo. Pinina se inicia en el crimen durante su infancia, después se vincula a las pandillas, y posteriormente a las bandas juveniles de sicarios; es reclutado por “Los Priscos”, una de las estructuras criminales de sicarios al servicio del cartel, donde recibe entrenamiento, y como consecuencia de su desempeño como sicario al servicio de Los Priscos comienza

a ascender en la organización criminal de Pablo Escobar. La siguiente es la reconstrucción de su vida, a partir de las escasas referencias de prensa que pueden encontrarse sobre este personaje. John Jairo Arias Tascón,

. . . uno de los principales jefes de los grupos de sicarios al servicio del cartel, . . . había sido dado de baja por el cuerpo Elite de la policía,. . . en el sector de El Poblado, cuando se encontraba en un apartamento en compañía de su esposa y de su hija de seis meses (Golpe al sicariato, 1990, parra. 3).

A su muerte, las autoridades aseguraban que fue él quien organizó y ordenó una “racha de explosiones que ha dejado 262 civiles muertos, 129 policías asesinados en Medellín y miles de damnificados en todo el país” (Golpe al sicariato, 1990, parra. 8). A su vez se le imputaba la participación y organización en múltiples magnicidios como el de

. . . Rodrigo Lara Bonilla, de Antonio Roldán Betancur, del coronel Franklin Quintero, del procurador Carlos Mauro Hoyos y del periodista Jorge Enrique Pulido. A ello se suma su participación intelectual en los atentados al edificio del DAS y al avión de Avianca, que dejaron cerca de doscientas víctimas (Golpe al sicariato, 1990, parra. 5).

Pinina, era además el “ejecutor del cartel y el jefe de los jefes de los sicarios que operan en todo el país” (Otro número dos, 1990, parra. 4), y se desempeñaba como jefe de reclutamiento de sicarios del cartel de Medellín, “una de las cosas que más le ayudó en su oficio fue el conocimiento que tenía de las gentes de la comuna” (Golpe al sicariato, 1990, parra. 7), toda vez que, nacido en esas mismas barriadas populares podía interpretar con facilidad las necesidades de los niños sicarios que reclutaba para el cartel.

Según declaraciones de alias “Popeye”; otro sicario en perteneciente a la alta jerarquía del cartel de Medellín, Pinina,

. . . era un hombre por ahí de 1,64 metros de estatura, inteligente, muy bien presentado, tenía una cara perfecta, el pelo largo, por eso le decían Pinina, por su parecido a la actriz argentina Andrea del Boca, que interpretaba ese

papel. Nos conocimos en el barrio. Él era el hombre que tenía Pablo Emilio Escobar Gaviria para que lo reemplazara en el Cartel de Medellín y protegiera a su familia en caso de que lo mataran (Vivas, 2014, parra, 27)

Según investigadores del DAS Pinina tenía

. . . una larga amistad con Pablo Escobar. A su lado se había hecho un hombre rico por sus acciones al frente de los grupos de sicarios. . . . Como en la mayoría de estos delincuentes, su niñez transcurrió en medio de la pobreza y la violencia de los barrios marginales de Medellín. Antes de los quince años ya conocía muchos de los secretos del oficio. Había sido raponero a los 12, pandillero a los 14 y a los 15 hizo sus primeros trabajos como sicario. Era, para entonces, uno de esos adolescentes que iba a recibir entrenamiento en las escuelas de sicarios organizadas por el cartel, en las afueras de Medellín. Su sangre fría, su instinto para matar y el arrojo demostrado en los entrenamientos contrastaban con su figura frágil (Golpe al sicariato, 1990, parra. 6).

El siguiente caso es el de Toño; el valor de esta narración en este ejercicio investigativo, es su pertinencia en cuanto al tema, y como se dijo anteriormente es una fuente que parte de una investigación etnográfica realizada en campo, donde se rescata la voz de quien fuera un niño sicario, el cual relata su experiencia de vida mientras se debate entre la vida y la muerte; y que de este personaje singular, de su voz y su experiencia, probablemente no quede otro indicio que el relato documentado por Salazar.

Toño tiene veinte años y es el jefe de una banda conformada por decenas de niños sicarios entre los quince y los dieciocho años, entre los cuales él es el mayor, en palabras de Toño, los integrantes de la banda

. . . son muchachos que ven la realidad, ellos saben que estudiando y trabajando no consiguen nada y que en cambio con uno se levantan las lucas. Ellos se meten por su gusto, no porque uno les diga. No todos tienen necesidad, algunos entucan por la familia, pero otros es por mantenerse bien, con lujo (Salazar, 1991, p. 27).

Toño cuenta su experiencia de vida, desde un pabellón del hospital San Vicente de Paul, en el que se encuentra hace tres meses por una herida de disparo con una escopeta que recibió en el abdomen, y aunque Toño “ha frentado muchas veces la muerte” (Salazar, 1991, p. 24), sabe que esta será su última vez. Toño tiene escasa educación y según el relato sólo llegó a estudiar hasta tercero de primaria, lo claro es que para Toño la educación y los profesores no fueron nunca una imagen de autoridad, en la narración de Salazar, la madre de Toño relata el suceso así:

El más atravesado de todos ha sido Toño desde pequeño se le conoció la maldad.

. . . Cuando estaba en tercero de primaria había un profesor que les ponía unos castigos muy horribles y un día lo esperó con otro compañero a la salida de la escuela y le pegó un navajazo. Desde ahí se dedicó a caminar las calles (Salazar, 1991, p. 43).

Toño fue ingresado en un reformatorio a los once años por haberle disparado en cinco oportunidades a un vecino y ha estado recluido dos veces en la cárcel de Bellavista. Siendo niño se incorporó por su propia voluntad a una banda de sicarios, la razón por la cual él tomó la decisión de dedicarse al sicariato fue la ausencia del padre y por la necesidad de recursos económicos, pero como el mismo lo dice “también porque me nacía, yo desde muy pelado he sido maloso” (Salazar, 1991, p. 26). Su primer muerto, de los trece que dice haber cometido, fue un vigilante de una finca en Copacabana que la banda estaba robando, al principio la imagen del muerto lo atormentaba, pero sólo necesitó quince días para reponerse y asumir que para el niño sicario la muerte es un aprendizaje, una actividad comercial, un negocio, del cual, las herramientas de trabajo son las armas y las motos. Para la banda de Toño la consecución de las armas es difícil; según él mismo afirma hay “que tumbar un man para quitársela o comprarla, y un arma buena es cara” (Salazar, 1991, p. 28), en cuanto a las motos la mayoría son robadas y las modifican o “envenenan” para que sean más veloces.

La familia de Toño que habita en el barrio popular de Medellín en la comuna nororiental, está compuesta por su madre y varios hermanos de distintitos compañeros que su madre ha tenido durante el tiempo. El padre de Toño murió cuando él era niño, de los otros compañeros de la madre lo único que queda como evidencia de su existencia son sus hijos, y en el relato constituyen referencias aisladas y oscuras, que se destacan por la dependencia de sustancias y el alcoholismo, razones por las cuales son expulsados del núcleo familiar, o por las que ellos mismos abandonan la familia.

Para Toño, y esto es un hilo de continuidad que acompaña todo el relato, lo más importante en la vida es su madre, de morir lo único que lamenta es dejarla sola y sin protección; “Ella conmigo va en las buenas y en las malas” (Salazar, 1991, p. 27); existe entre ambos un vínculo de complicidad y solidaridad, para ella, el que él sea un delincuente, que se dedique al matar y robar, no es motivo para no considerarlo un buen hijo.

La madre de Toño es natural de Urrao, pero producto de la violencia política de los años cincuenta, ella y su familia debe desplazarse varias veces, primero a Liborina, posteriormente a Chigorodó en Urabá y de allí a Medellín, donde llegaron a hacer parte de los procesos de las invasiones que posteriormente serían el barrio Popular, de su relato es necesario destacar la imagen que tiene de la fuerza pública, marcada por el temor, la desconfianza y el resentimiento, producto de la actitud que la fuerza pública tuvo cuando invadían los terrenos en los que habitan, según ella construir lo que ahora tienen “costó muchas vidas. Por eso es que nosotros nunca hemos querido la ley, siempre le están dando es a la pobrecía” (Salazar, 1991, p. 40).

“. . . me tocó tirarme al rebusque para ayudarle a mi mamá y a mis hermanitos. Por eso me metí a la delincuencia, pero también porque me nacía, yo desde muy pelado he sido maloso” (Salazar, 1991, p. 24-25). La propia voz de Toño nos revela dos elementos claves de la caracterización del niño sicario; por un lado, que éste valida el homicidio como una forma legítima de trabajo; para él, el asesinato

por encargo es una actividad comercial y una fuente de ingresos como cualquier otra; en la lógica que ha construido, las actividades delincuenciales y el homicidio no configuran su forma de darse un lugar en el mundo y construye para sí una nueva visión del mundo, la cual, a la vez que justifica sus acciones. Por otro lado, otro elemento clave en la caracterización es que las razones para que los niños se vincularan a estructuras criminales no siempre fueron la necesidad y las condiciones de pobreza, pues, sumada a la afirmación anterior, para el niño sicario los lujos y la ostentación era una demostración del éxito que tenía en la organización criminal y que dichas demostraciones aumentaban el valor social que éste tenía en la comunidad, confiriéndole status; dicha demostración de éxito era bien conocida por Pinina, y era usada para motivar la ambición de los niños sicarios para facilitar el reclutamiento de los mismos para el servicio del cartel de Medellín; tal como quedó señalado en el caso paradigmático, Pinina tenía un vasto conocimiento de las necesidades de los niños sicarios, toda vez que el mismo había nacido y se había hecho sicario en esas mismas barriadas.

Desde estos planteamientos, podemos a partir del enfoque construccionista, afirmar que el niño sicario situado en el contexto de Medellín es una construcción social particular del contexto local en el que se abandona el paradigma universal-europeo de niño, bueno, bondadoso, desprovisto de maldad, necesitado de protección, que subvierte una característica que la sociedad atribuye frecuentemente a la niñez la cual es la inocencia. Según James y Prout en su texto de 1997: La inocencia podría definirse como la esencia del ser infantil. “Las niñas y los niños son vistos como seres sin pecado, desexualizados, que habitan una realidad simbólica alejada del mundo real y que son ingenuos por naturaleza y por esto requieren la permanente protección adulta” (citado en Pavez, 2011, p. 211), y por el contrario se instala en características que les son asociadas “tradicionalmente” a los adultos tales como la frialdad, la capacidad de asesinar y la injerencia en economías ilegales; tal como evidencia en el relato de Toño sobre su primer asesinato

. . . yo recuerdo mucho la primera vez que me tocó matar. Ya había herido personas pero no había visto los ojos de la muerte. Fue en Copacabana, un pueblo cercano a Medellín. Un día por la mañana estábamos robando en una casafinca y sin saber de dónde se nos apareció el celador. Yo estaba detrás de un muro, a sus espaldas, asomé la cabeza y de puro susto le metí los seis tiros del tambor. El hombre quedó frito de una. Eso fue duro, paque le miento, fue muy duro. Estuve quince días que no podía comer porque veía el muerto hasta en la sopa... pero después fue fácil. Uno aprende a matar sin que eso le moleste el sueño" (Salazar, 1991, p. 26).

Así, pues desde el enfoque construccionista, podemos afirmar que en la configuración de infancia representada en el niño sicario, lo que se representa es una construcción social de infancia particular, en medio de una pluralidad de nociones de infancia; entendemos entonces aquí "la infancia como una construcción sociocultural, dinámica y heterogénea, entendiendo que no existe sólo una sino varias infancias, en el intento de dar cuenta de la diversidad de mundos construidos por niños y niñas" (Macedo, 2012, p. 62), como el que se construye en el contexto en el cual el niño sicario tiene nacimiento. Esta afirmación es clave para el enfoque construccionista, toda vez que se valida que no existe únicamente una noción asociada a la infancia, sino una multiplicidad de nociones, las cuales no están regidas por patrones macro estructurales, universales, y nos permite dimensionar al niño sicario en su propio contexto de configuración y la construcción de infancia que se deriva de dicho ámbito.

Varias características del niño sicario se entrelazan aquí; por un lado, en el contexto de la banda, el niño sicario comparte con sus compañeros un código lingüístico propio, un argot que los identifica, que los particulariza, un código con el que entra en comunión con sus semejantes; este argot y los elementos expresivos de su lenguaje, no corresponden con los tradicionales; comunicarse en código, poseer una forma de expresión propia era para el niño sicario una forma de impugnar el pretendido dominio que sobre él tenía la sociedad dominante. Otra característica del niño sicario, que es necesario resaltar aquí, es que éste dimensiona al Estado y los organismos de seguridad como enemigos y

adversarios, para él estas estructuras no son más que organizaciones criminales, contra las cuales él debe resistir. Así, a través de dicho código lingüístico que los identifica, y de plantarse frente a la sociedad de los establecidos y frente al Estado, como un otro distinto, el niño sicario está confirmando su identidad y soberanía, la cual se configuraba creativamente en la banda y en el contexto de su comunidad.

El niño sicario, ligado a una estructura jerárquica, en la cual la ley del silencio era uno de los códigos que estaban más fuertemente interiorizado establece una red de complicidades y solidaridad, a través de la cual se mantenía la cohesión de la banda, construía dinámicamente un entramado de relaciones, a través de las cuales estaba en capacidad, no sólo de construir y configurar el colectivo al que pertenecía, sino también, determinar e influir sobre las relaciones sociales de la comunidad en la que estaba inserto.

Así pues, podemos afirmar de la mano del enfoque Construccionalista de la Nueva Sociología de la Infancia, que los niños sicarios participan en la construcción y determinación de sus propias vidas y de quienes les rodean y de las sociedades en que viven, saben del riesgo inminente de la muerte que su actividad implica y lo asumen, como lo afirma Toño en su relato "si me muero ya, me muero con amor. Al fin de cuentas la muerte es el negocio, porque hacemos otros trabajos, pero los principales son matar por encargo" (Salazar, 1991, p. 30). Pero además, sus familias también se ven modificadas en parte por nuevos estilos de vida que tienen que ver con la capacidad adquisitiva que adquieren de dicha actividad; esa complicidad de la familia y en general del barrio, es a través de cual las bandas juveniles de sicarios van modificando las dinámicas sociales y la red de relaciones del contexto social a través de las lógicas y las dinámicas que estos grupos de jóvenes imponen; así, los niños sicarios, "buscaron destacarse y sobrevivir en una sociedad compleja sin importar cómo se lograba éste éxito, convirtiéndose en personajes con el poder de afectar o influenciar a otros miembros de la nación desde lo familiar, lo urbano barrial y lo local" (Ramírez-López, 2008, p. 2). A través de este accionar y del

. . . carácter dinámico de la actividad social de los niños, en donde no están ausentes las disputas por el poder, los enfrentamientos ideológicos y las interacciones que definen la naturaleza y jerarquía de las relaciones interpersonales, [van] convirtiendo al niño en un actor cuya competencia y creatividad son determinantes en el proceso de construcción de las relaciones sociales y culturales de la sociedad en su conjunto (Moscoso, 2013, p. 33-34).

Además de este dinamismo, el niño sicario imprime a la tradiciones religiosas paisas sus propios sentidos evidenciado en su particular noción de religiosidad y en su culto a María Auxiliadora, el cual constituía para él un cierto ritualismo que había adaptado a su acomodo, y según su propia estructura de valores, trasgrediendo el sentido tradicional de dichos ritos; para él, rituales como rezar las balas, portar escapularios eran complementarios de este ritualismo y, aunque el sacerdote todavía significaba una figura de respeto, no había autoridad en él que el niño sicario pudiera reconocer.

La infancia como variable de análisis social, no puede ser entendida; como señala el enfoque construccionista, separadamente de otras variables como el género y la clase social, elementos que justo son destacados en el niño sicario, pues, por un lado esta actividad es ejercida por niños mayoritariamente varones en parte por las capacidades asignadas “naturalmente” a los seres humanos pertenecientes a esa construcción social de hombre, como menos sentimentales, mas calculadores y con mayor destreza en las actividades físicas y por otra parte porque las niñas se ven vinculadas al fenómeno del sicariato de diversas formas que no necesariamente pasan por ser las ejecutantes de los homicidios.

Otra variable de análisis en virtud de la cual es necesario leer la acción del niño sicario, es la de clase social, dicha variable se confirma toda vez que la mayoría de los niños sicarios, como se ha afirmado repetidamente, surgen principalmente en el contexto de las barriadas populares y el de la pobreza; tal como ocurre con Pinina y Toño que nacieron en las barriadas de la comuna nororiental de Medellín; este agente, producto social del desplazamiento forzado, la marginación social, la violencia, la precaria presencia estatal, o su presencia a través del ejercicio de la

violencia en las barriadas populares y la desestructuración de la familia, etc., encuentra en el homicidio por encargo una forma legítima de ejercer su acción sobre el entorno social en el cual actúa y a través del cual determina dicho entorno.

Entre los elementos fundamentales que se plantean en la caracterización del niño sicario se destaca que, la pertenencia a un colectivo y la identificación con un territorio eran cuestiones de suma importancia, la comuna, el barrio, la esquina; eran para el niño sicario y por extensión para la banda de sicarios un eje articulador fundamental en su accionar y en la construcción de su identidad individual y colectiva. La solidaridad al interior de la banda era un valor fundamental que reforzaba el vínculo entre estos niños y jóvenes, en las propias palabras de Toño se evidencia dicha actitud: "entre nosotros también nos apoyamos mucho; ah!, que usted no tiene, de esto y yo tengo, entonces le regalo, ¿entiende?, no prestado sino regalado, y si uno está mal, también le dan" (Salazar, 1991, p. 28). Las redes de cooperación que establecían con la comunidad, la protección que hallaban en ésta, algunas veces por miedo y otras por solidaridad, son relaciones sociales, que como afirman los sociólogos construccionistas de la infancia, deben ser estudiadas por sí mismas y al margen de la perspectiva adultocéntrica; esto pues, "en el enfoque constructivista se comprenden las especificidades de cada contexto en que se desarrolla el fenómeno de la infancia" (Pavez, 2012, p. 94- 95). Así pues, afirmamos aquí, a través de las herramientas de análisis que nos posibilita el enfoque construccionista de la infancia, que la construcción social de este tipo particular de infancia, está configurada, como se ha venido evidenciando a través de este trabajo, por una diversidad de variables y particularmente por su contexto territorial e histórico.

9 CONCLUSIONES

Estas conclusiones, son una apertura para el debate sobre las posibilidades y vacíos que la Nueva Sociología de la Infancia presenta para abordar sociológicamente fenómenos locales, producto de los que fueron los hallazgos en este ejercicio investigativo en el caso concreto del fenómeno del niño sicario en Medellín 1980-1990.

Los nuevos enfoques de la sociología de la infancia suponen un avance en el camino de reflexionar sobre las condiciones de la niñez, toda vez que nos permite pensar en la infancia como categoría de análisis al margen de las concepciones tradicionales de la infancia, es decir, concepciones ligadas a instituciones sociales como la familia y la escuela entre otras y posibilita reflexionar sobre el mundo de los niños, independientemente del mundo de los adultos, en este sentido, es preciso destacar que en los nuevos enfoques de la sociología de la infancia el acento se pone en el niño y la niña como centro de los trabajos investigativos. A partir de dichos enfoques ya no se estudia exclusivamente la infancia como desarrollo del proceso de socialización, sino que la conceptualización de los nuevos enfoques permite pensar en la infancia como una construcción social en la cual los sujetos participantes de ella se van actualizando y por tanto digna de ser estudiada por sí misma.

En el contexto de los estudios latinoamericanos sobre la infancia, se presenta el reto de cómo adaptar las teorías que son producto de las realidades europeas y anglosajonas a los estudios sobre las construcciones sociales de la infancia de los países periféricos, ya que, hasta ahora, pareciera que la producción en estos países todavía es una reflexión incipiente y ensayística.

Algunas de las dificultades que se han presentado para desarrollar los estudios sobre la infancia son, por un lado, que existen representaciones sociales comunes de la infancia que por lo general obedecen a concepciones eurocéntricas que se han trasladado al campo discursivo con el que se han abordado teóricamente los problemas de la infancia y, por otro lado, que de manera dispersa se han

construido los discursos sobre los cuales se ha abordado desde la sociología las realidades sociales de la infancia, impidiendo, por estas dos razones, un desarrollo teórico vasto que avance hacia una mayor posibilidad de comprensión de fenómenos locales por lo que atraviesa la infancia.

El fenómeno del niño sicario no ha sido suficientemente abordado en su carácter individual por la disciplina sociológica, en su lugar, este actor social ha sido abordado como un sujeto colectivo, inscrito en el contexto de las bandas de sicarios y en el de los estudios sobre la juventud, los cuales inician en la década de los noventa. A propósito del fenómeno de las pandillas en las grandes ciudades del país, en estos estudios la juventud se presenta como un actor social peligroso, es en este contexto en el cual queda inscrito el niño sicario, por un lado invisibilizado en la construcción de ese colectivo llamado "jóvenes", y por otro lado criminalizado en el contexto de la discusión sobre las bandas de sicarios; de esta forma se evidencia el desconocimiento por parte de los investigadores de las realidades específicas que viven los niños sicarios y la necesidad que tienen éstos de un tratamiento especial, a propósito de su condición dada la particularidad de pertenecer a un determinado grupo etario.

Destacado lo anterior, también queda claro a través de este trabajo monográfico que los nuevos enfoques de la sociología de la infancia aún se encuentran en construcción tanto en sus bases teóricas como metodológicas, pues hasta ahora sólo hay algunos trabajos dedicados a recopilar lo que de manera aislada varios sociólogos han realizado principalmente sobre infancias europeas y anglosajonas generando un discurso hegemónico de la niñez donde dominan las concepciones occidentales de ésta, en el acceso a la bibliografía en español que tuvo esta monografía

En los nuevos enfoques de la sociología de la infancia y, a propósito del enfoque constructorista usado en este ejercicio investigativo para abordar al niño sicario de los años ochentas, se presenta una verdadera limitante que la única metodología propuesta por dicho enfoque sea la etnográfica, pues para trabajos

que como éste investigan un sujeto y su construcción social en un determinado periodo histórico, y que dada la temporalidad escogida, no se podía tener la voz directa del niño sicario, pero si el relato de adultos sobre su experiencia infantil alrededor del fenómeno, se ha ce necesario que los nuevos enfoques de la sociología de la infancia avancen en la construcción de otros abordajes metodológicos que le permitirán a la Nueva Sociología de la Infancia abordar los nuevos retos que propone la infancia.

Por último, es necesario que el problema sociológico que se plantea con el niño sicario, en tanto objeto de estudio, sea abordado por la sociología de la infancia con mayor profundidad, haciendo énfasis en los aspectos teóricos de dicho problema social, el cual persiste en la actualidad; problema, para el cual es necesario que la academia desarrolle herramientas comprensivas que permitan hacer intervenciones que sean acordes con las realidades y por ende tengan mayor impacto dentro del modelo de acumulación capitalista global en el cual nos niños son utilizados para los fines de la guerra.

10 BIBLIOGRAFÍA Y FUENTES CONSULTADAS

- Arango, M & Child, J. (1984). *Narcotráfico imperio de la cocaína*. Medellín: Editorial Percepción.
- Atehortua, M., Bedoya, M. A., Lara, C., Mejía, S., Molina, C. Orozco, A., & Restrepo, A., (2008). *Características psicológicas de 16 expedientes de adolescentes condenados por homicidio doloso en Medellín y el valle del aburra durante 2003 – 2007*. (Tesis de pregrado). Universidad CES, Medellín, Colombia. Recuperado el 20 de febrero de 2014
http://bdigital.ces.edu.co:8080/dspace/bitstream/123456789/142/1/Carateristicas_psicologicas_expedientes_adolescentes.pdf
- Barba M., R. (2013). *La violencia como normalidad, Colombia un laboratorio del poder*. (Tesis de Doctoral). Universitat de Barcelona. Barcelona, España. Recuperado el 20 de febrero de 2014, de
http://www.tdx.cat/bitstream/handle/10803/117525/RBM_TESIS.pdf?sequence=1
- Bello, M. N., Mantilla, L., Mosquera, C., & Camelo, E., (2000). *Relatos de la violencia, Impactos del desplazamiento forzado en la niñez y la juventud*, Santafé de Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, Fundación Educativa Amor, (2000).
- Betancourt E., D. (1991). Los cinco focos de la mafia colombiana (1968-1988). Elementos para una historia. *Revista Folios*, 2a. época, (2). Recuperado el 20 de noviembre de 2014, de
http://www.pedagogica.edu.co/storage/folios/articulos/fol02_04arti.pdf
- Blanco, J. A. (2010). Historia literaria del narcotráfico en la narrativa colombiana. En: *Hallazgos en la literatura colombiana. Balance y proyección de una década de investigaciones*. Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana. Recuperado el 20 de Agosto de 2014, de

<https://nomadasyrebeldes.files.wordpress.com/2009/11/literaturaynarcotrafico.pdf>

Bustamante, G. (2009), Veinticinco años del magnicidio de Rodrigo Lara Bonilla, *Revista Ciudad Pazando*. 2 (1). p. 9-36. Recuperado el 20 de noviembre de 2014, de http://opensai.org/revistaipazud/documentos/revistas/revistatres/Articulo_1_Vol.2%20num.1.pdf

Camacho G., A. (1992). *Narcotráfico y sociedad en Colombia: contribución a un estudio sobre el Estado del Arte*. Recuperado el 20 de enero, de 2015, de <http://cms.univalle.edu.co/socioeconomia/media/ckfinder/files/Narcotrafico%20y%20sociedad%20en%20Colombia%20Contribucion%20a%20un%20estudio%20sobre%20el%20estado%20del%20arte.pdf>

Derrumbe del cartel de Medellín. (3 de diciembre de 1993). *El Tiempo*. Recuperado de <http://www.eltiempo.com/>

Gaitán, L. (2006). La nueva sociología de la infancia. Aportaciones de una mirada distinta *Revista Política y Sociedad*. 43 (1). p. 9-26.

Gaitán, L. (2010). Sociedad, infancia y adolescencia, ¿de quién es la dificultad?. *Revista interuniversitaria de pedagogía social*. (17). p. 29-42.

Gaitán, L. (s.f.). *Socialización e infancia en la Teoría Sociológica*. Grupo de Sociología de la Infancia y la Adolescencia. Recuperado el 20 de noviembre de 2014, de <http://beceneslp.edu.mx/PLANES2012/6o%20Sem/El%20ni%F1o%20como%20sujeto%20social/Materiales/U%20de%20A%20I/Socializaci%F3n%20e%20infancia%20en%20la%20teor%EDa%20sociol%F3gica.pdf>

Galeano, M. E. (2004). *Estrategias de investigación social cualitativa. El giro de la mirada*. Medellín: La Carreta Editores E.U.

Golpe al sicariato. (7 de Julio de 1990). *Semana*. Recuperado de <http://www.semana.com/>

Holguín-Galvis, G. (2012). Construcción histórica del tratamiento jurídico del adolescente infractor de la ley penal colombiana (1837-2010). *Revista Criminalidad*. 52 (1) junio 2010, pp. 287-306. Recuperado el 20 de febrero de 2014, de http://www.policia.gov.co/imagenes_ponal/dijin/revista_criminalidad/vol52_1/08_Construccion.pdf

Ibiševicová, K., (2010). *El parlache en las obras escogidas de la literatura y cine colombianos. Los hablantes del parlache y el contexto sociocultural del surgimiento de esta variedad lingüística. Procedimientos de creación léxica en el parlache*. (Tesis de Maestría). Univerzita Palackého V Olomouci, Olomouc, República Checa. Recuperado el 20 de noviembre de 2014, de <http://theses.cz/id/khdxwk/30387-172735857.pdf>

Jiménez, N. (2012) *Representación del cuerpo en la literatura del sicariato*. (Tesis de pregrado). Universidad de Antioquia, Medellín, Colombia.

Krauthausen, C., (1994). Poder y Mercado. El narcotráfico colombiano y la mafia italiana. *Nueva Sociedad* (130). p. 112-125

Lander, M. F. (2007), La voz impenitente de la “sicaresca” colombiana. *Revista Iberoamericana*. 73 (218). p. 165-177. Recuperado 1 de junio de 2014, de <http://revista-iberoamericana.pitt.edu/ojs/index.php/Iberoamericana/article/view/5374/5530>

López M, L. (2012). *El sicariato: una mirada psicoanalítica*. (Tesis de especialización). Universidad de San Buenaventura. Cali. Colombia. Recuperado el 20 de enero de 2014, de http://bibliotecadigital.usbcali.edu.co/jspui/bitstream/10819/1161/1/Sicariato_Mirada_Psicoanal%C3%ADtica_L%C3%B3pez_2012.pdf

- Macedo G., J. (2012). *La valoración crítica del trabajo infantil en la doctrina social de la iglesia* (Tesis maestría). Universidad Católica Santa María, Arequipa, Perú. Recuperado el 20 de febrero de 2014, de http://www.eltrabajodecrecer.org/documentos/investigaciones_libros/tesis_valoracion_trabajo_infantil_doctrina_iglesia.pdf?phpMyAdmin=kah4fOTPrQMf1z1WljJxyl20uid
- Medina G., C. (2012). Mafia y narcotráfico en Colombia: elementos para un estudio comparado. En *El prisma de las seguridades en América Latina. Escenarios regionales y locales* (pp.. 139-170). Recuperado el 20 de noviembre de año 2014, de <http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/clacso/gt/20120412011532/prisma-6.pdf>
Buenos Aires
- Medina, M. I., Vargas, E. P., Medina, N, & Jaramillo, L. E., (2010). *Autorretrato del sicario*, (Tesis de especialización). Universidad Católica Popular de Risaralda, Pereira, Colombia. Recuperado el 15 de Noviembre de 2014, de <http://ribuc.ucp.edu.co:8080/jspui/bitstream/handle/10785/628/completo.pdf?sequence=1>
- Miranda, U. & Martínez, E. D. (2011), El sicario: México-Colombia *Revista Cultura y Droga 16 (18)*, p. 73-94. Recuperado el 20 de noviembre de 2014, de http://200.21.104.25/culturaydroga/downloads/Culturaydroga16%2818%29_6.pdf
- Moscoso, Ma. (2013). Biografía para uso de los pájaros. Memoria, infancia y migración. Quito. Ecuador. Editorial IAEN. Recuperado el 15 de febrero de 2014, de http://www.infanciacontemporanea.com/documentos/libros/moscoso2013_biografiausopajaros.pdf
- Osorio C., U. (2009). *Una aproximación al fenómeno de los jóvenes en el sicariato en la ciudad de Pereira*.(Tesis de licenciatura). Universidad Tecnológica de

Pereira. Pereira, Colombia. Recuperado el 20 de febrero de 2014, de <http://repositorio.utp.edu.co/dspace/bitstream/11059/1931/1/364256986132083.pdf>

Ospina, C. (2010). *Representación de la violencia en la novela del narcotráfico y el cine colombiano contemporáneo*. (Tesis doctoral). University of Kentucky. Lexington, E.U. Recuperado el 20 de febrero de 2014, de http://uknowledge.uky.edu/gradschool_diss/45

Otro número dos. (26 de noviembre de 1990). *Semana*. Recuperado de <http://www.semana.com/>

Pavez, I. (2011). *Migración infantil: rupturas generacionales y de género. Las niñas peruanas en Barcelona y Santiago de Chile* (Tesis de doctoral). Universidad Autónoma de Barcelona, Barcelona, España. Recuperado el 20 de febrero de 2014, de http://ddd.uab.cat/pub/tesis/2011/hdl_10803_79139/ips1de1.pdf

Pavez, I. (2012). Sociología de la Infancia: las niñas y los niños como actores sociales. *Revista de Sociología*, 27, p. 81-102. Recuperado el 20 de noviembre de 2014, de <http://www.facso.uchile.cl/publicaciones/sociologia/articulos/27/2704-Pavez.pdf>

Ramírez-López, N. M. (2008). *Marginalidad y violencia juvenil en Medellín y Bogotá: narrativas literarias y fílmicas de los años 80 y 90 en Colombia*. (Tesis de maestría). Universidad de Pittsburgh. Pittsburgh, Pensilvania. E. U. Recuperado el 20 de noviembre de 2014, de http://d-scholarship.pitt.edu/9531/1/N.M.Ramirez_121208.pdf

Rengifo R., M. C. (2010). *¿Y Los Niños Qué? Configuración de subjetividades políticas de los niños que participan en el programa de La Policía Cívica Juvenil*. (Tesis de pregrado). Universidad de Antioquia. Medellín, Colombia.

Rodríguez, I. (2000). ¿Sociología de la infancia?: Aproximaciones a un campo de estudio difuso. *Revista Internacional de Sociología*. (26). p. 99-123. Recuperado

el 20 de Agosto de 2014, de

http://rabida.uhu.es/dspace/bitstream/handle/10272/6182/Sociologia_de_la_infancia.pdf?sequence=2.

Romero, G. M., Londoño T., B., & De Salvador, G., (1991). El niño primera víctima de la violencia. *Revista del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario*. 084. (555). p. 49-66.

Salazar, A. & Jaramillo, A. M. (1992). Medellín las subculturas del narcotráfico. Bogotá, Colombia: Centro de Investigación y Educación Popular. CINEP.

Salazar, A. (1991). No nacimos pa' semilla. La cultura de las bandas juveniles en Medellín. Bogotá, Colombia. Centro de Investigación y Educación Popular. CINEP.

Villatoro, C. (2012), Aspectos Socioculturales e Imágenes del Narcotráfico. *Revista Imagonautas*. 3 (1). p. 56-75.

Vivas B., D. (22 de agosto de 2014). Popeye uno de los asesinos. *El Tiempo*. Recuperado de <http://www.eltiempo.com/>

Weber, M. (1996). *Economía y Sociedad*. México: Fondo de Cultura Económica